

Historia en el fin del mundo

IMP

si se hubiera
a copiar

INTENTO DE COMIENZO DE BARQUITO 2

Porque más que una ciudad, Madrid era el cuerpo de Nieves. Por eso cuando salió del tren en Chamartín y caminó por las calles aledañas como quien se va metiendo en el mar, sintió ese punzante deseo de aquel cuerpo que desconocía.

En el barco que lo trajo a España, había tenido fantasías eróticas con ella, Nieves, con una existencia real en Madrid, era lo opuesto a la prisión que acababa de abandonar, y sobre todo a esas mujeres de la celda que noche a noche se apiadaban de su soledad, sombras dulces con todas las apariencias de lo real, que duraban todo lo que uno quisiera en el plano de los sueños, pero que a la hora de la tangibilidad desaparecían, por impedirse su condición virtual; justo cuando ibas a tocarlas se te escapaban de la punta de los dedos.

Las celdas de todas las cárceles del mundo se pueblan silenciosamente, cada noche, con esas mujeres tibias que viven en las sombras y aman a los hombres solitarios, pero apenas pueden tocarlos, apenas dejarse tocar, y la consumación del amor es imposible. Durante dos años, noche a noche, esa mujer cuya forma coincidía con la de sus deseos lo visitó en la celda, se sentaba en la cama y se dejaba acariciar pero siempre estaba como ausente, mirando afuera hacia la libertad. Y nunca accedía, a la hora de la posesión, como si no pudiera tenderse, y cada vez que él quería pasar de la potencia al acto, esa mujer melodiosa desaparecía en el comienzo de la noche que la había traído.

De todos modos, había sido su amante, virtual, durante esos años oscuros, y estaba acostumbrado a ella, a su desaparición en el momento culminante. Ella lo dejaba burlado no por voluntad propia sino por imposición de su naturaleza de mujer soñada, y acaso por esa misma razón acudía cada noche en cuanto los guardianes le ordenaban acostarse y, sin acceso a su pensamiento, no podían ver entrar esa maravillosa arquitectura del amor. En cuanto se apagaban las luces, ellas, en camión o desnudas, aparecían por los pasillos y, fuera del ángulo visual de los guardianes, entraban en las celdas y allí se quedaban hasta el amanecer.

Rolando, en el barco rumbo a España, extrañaba a la suya. Tanto tiempo juntos y ni siquiera sabía su nombre. Había hecho de todo con ella, menos consumir el amor, claro, debido a esa circunstancialidad de la prisión. Y ni siquiera pudo despedirse; la última noche, cuando él ya sabía que al día siguiente le darían la opción de salir del país, ella no acudió a la cita. El lo sabía; una noche, durante un beso muy próximo a la posesión imposible, ella le dijo con esa voz de sombra tibia que tenía; «El día que seas libre yo desapareceré para siempre, porque nací el día de tu prisión y pertenezco a ella. Allá en la libertad encontrarás mujeres más felices que yo que puedan poseerte».

El día que abandonó la celda sabiendo que a esa mujer sin nombre no volvería a verla nunca más, recordó las peleas que habían tenido, siempre por el mismo tema; cuando la mujer se negaba a la entrega él

le decía que lo hacía por ser, ella, una invención de los guardianes, una parte del reglamento carcelario, un concesión de los verdugos. Era la ofensa mayor, que los ponía al borde de la ruptura. Entonces los esfuerzos de reencuentro eran obligadamente tan profundos, que los ponían al borde del contacto carnal vedado por definición. «No entiendo tu crueldad» decía llorando la mujer hecha de líneas abstractas en el aire, cuyas lágrimas, sin embargo, eran verdaderas.

De la celda pasó directamente al barco sin poder ver una realidad intermedia entre ambos extremos. Y en el barco había mujeres reales cuya naturaleza era demasiado drástica para él. Las temía, ellas funcionaban con otros códigos, muy distintos a los de las mujeres imaginarias de las cárceles, que a fuerza de reiteración habían sido casi reales.

El buque atravesaba días y noches, y estaba lleno de realidades táctiles que él, Rolando, no podía comprender, porque venía rodeado todavía por la aureola del aire cerrado de las prisiones. La mitad de él iba en ese barco hacia una libertad posible; la otra permanecía en aquella realidad interminable cuyo escape eran esas mujeres de las sombras.

LO QUE BUSCO ES QUE LA APARICION DE LA NOCION DE NIEVES ENLAZA LA REALIDAD DE LA PRISION CON LA DE LA LIBERTAD, ACTUA COMO UN PUENTE, POR ESO NIEVES ES TAN IMPORTANTE PARA EL, PERO NO SE SI ESTO ES VALIDO PARA EL "HORIZONTE" DE LA NOVELA,

[LE FALTA LA GRANDEZA DEL PRIMER CAPITULO DE NAVIOS, LA IDEA, SIN EMBARGO, ESPECIALMENTE LA DEFINICION DE LA MUJER DE LA CELDA, SE PRESTA PARA UN TONO ALTO COMO EL PRIMERO DE NAVIOS, HABRIA QUE INTENTARLO, PERO SIN CAER EN EL LIRISMO DEL OTRO, ESTA NOVELA NO TIENE QUE SER LIRICA, YA LO ES EL TEMA DE POR SI, DE MODO QUE SU TRATAMIENTO DEBE SER MAS BIEN FRIO, SOLO CON LA TEMPERATURA NECESARIA PARA EL HUMOR, QUE SERA UNO DE SUS SOPORTES],

INTERESARIA QUE NIEVES, EN EL BARCO, SEA UNA DE LAS MUJERES DE LA PRISION, O QUE SE VINCULE CON ELLA, Y QUE LO ACOMPAÑE COMO TAL DURANTE EL VIAJE, DESPUES, EN MADRID, BUSCARA A LA REAL, QUE ACASO HUYA POR AVERGONZARSE DE HABERSE APARECIDO EN SUEÑOS EN EL BARCO Y HABER HECHO CON EL TODO LO QUE HIZO,


Rolando, en el barco rumbo a España, extrañaba a la suya. Tanto tiempo juntos y ni siquiera sabía su nombre. Había hecho de todo con ella, menos consumar el amor, claro, debido a esa circunstancialidad de la prisión. Y ni siquiera pudo despedirse; la última noche, cuando él ya sabía que al día siguiente le darían la opción de salir del país, ella no acudió a la cita. Él lo sabía; una noche, durante un beso muy próximo a la posesión imposible, ella le dijo con esa voz de siempre típica que tenía: «El día que seas libre yo desapareceré para siempre, porque nací el día de tu prisión y pertenecí a ella. Allí en la libertad encontrarás mujeres más felices que yo que puedan poseerte».

El día que abandonó la celda sabiendo que a esa mujer sin nombre, no volvería a verla nunca más, recordó las besos que habían tenido, siempre por el mismo tema; cuando la mujer se negaba a la entrega él

El sueño tal como fue

Especie de tribu familiar, con personajes venerables que sirven de referencia para la conducta, Especie de cama comunitaria, donde están los venerables, De pronto estás junto a una especie de sobrina, que respeta, pero ella te incita a otro tipo de comunicación, te obliga a que la desnudes, a la vista de los demás, Cometes una transgresión, Te apartan a modo de castigo, aunque con ella, de modo que el castigo parece más o menos dulce, Luego aparecen personajes más o menos familiares, heridos, con la ropa ensangrentada, Parece que han sufrido eso por la transgresión que tú has cometido, ellos sufrirán una suerte adversa, en los límites, serán especies de desaparecidos, y los ancianos, que cuando cometiste la transgresión tomaron forma de reptiles, se encargarán de hacerte comprender que la triste suerte de tus camaradas es el precio de tu conducta, Es decir, la culpa como precio por el placer,

Cadena genética

- Él es un autoperador.
- En cada estación del Tren de la infancia un elemento: 1 sombrero, un par de guantes de puntas azules.
- Quién es el que busca 
- Ella a la vez es un autoperador.
- ~~Sigue~~ Partes de ella en cada dedo: índice, espalda; anular, cara, etc. Parte un cartón (siempre son objetos vivientes) y halla siguero de ella - ¿cómo estamos desgranados en la tierra?

→ ... No sé, me siento una comunidad,
no un hombre ni unos antepasados.
Me cuesta mucho hallar la conexión
que me diga quién soy, de dónde
vengo. Hace 500 años que conviví-
mos, que ~~no~~ estamos juntos, pero
todavía no nos conocemos. No soy
ni yo ni Eugenia. Somos ex
encuentros ~~que~~ fugas bajo la
Sátana en flor (por lo de rural, con
variantes).

PARA EL CAPITULO 2, o acaso esto ya deba estar en el 1:

Resolví salir en busca de Eugenia porque ella era la única posibilidad de rescatar mi fundamento vital, o sea María, la del barco, la del cuchillo o como se la llame. Lo digo sin ningún tipo de los llamados complejos, o con todos ellos, no lo sé ni me importan las implicaciones freudianas de este asunto de tanta importancia para mí. Salí de mi país en busca de Eugenia porque sabía que sólo encontrándola podría rescatar a mi madre, sacarla de la precariedad del asesinato y reubicarla en la congruencia de la vida, de la existencia indestructible. Hallar a Eugenia, envejecer junto a ella y que con la muerte de Eugenia la de María fuese menos violenta y tuviese algún sentido. No salí a buscar a Eugenia por aquella tontería de que en la mujer que amamos buscamos a la madre, no para buscarla sino para encontrarla y sustituirla y ponerla en el mundo congruente fuera del alcance de panteras y cuchillos.

Un viaje. El más importante de todos, porque era el único. Había estado años esperándolo. La inminencia, el tren que se acercaba y se detenía en la estación, me hizo olvidar de ti, de tu existencia misma, como si nunca hubieras existido. Ese viaje, por fin, te borraría para siempre. Por fin podría vivir mi propia vida. Cuando el tren se detuvo, creando la inminencia de partir, toda noción de ti había desaparecido. Por eso era tan importante ese viaje, por eso era único y por eso todo lo que yo percibiese en el trayecto sería fundamental para mí. Podía viajar porque tú ya no estabas. Sólo tu ausencia había producido ese viaje. Al borrarte, el tren creó un hueco lleno de luz y primaveras rítmicas, llenas de días que sólo amanecían para el corazón de uno, donde mamá y todo lo que ella significaba, todas sus sucesiones en el mundo, en éste, estaban vivas. En sueños me llegó la revelación: acaban de darse, dijo una voz en el sueño, las circunstancias necesarias para que ese viaje de necesidad absoluta se produzca. Y cuando desperté no había alcanzado a abrir los ojos y ya sabía que el tren estaba ahí, suavemente rumoroso, llegado en el silencio de las horas más altas de la noche, tibio por dentro en el hogar de su fuego impulsivo y por fuera cubierto de gotas de rocío, esperándome para llevarme hacia el fondo de mí mismo, porque yo era el camino de ese tren que llegaba del fondo de los tiempos para rescatar trozos mortales de mi tiempo y salvarlos del olvido.

Terminé de despertar dentro del tren, recordando detalles deliciosos de mi llegada a la estación esa madrugada tan clara. Uno sentía el movimiento traslaticio y lo más hermoso que percibía era que apenas estaba amaneciendo pero uno ya llevaba algunas horas viajando, uno ya estaba cerca del corazón del viaje, un corazón cuyo latido se percibía en la luz que había en lo profundo de los campos, las mieses y los animales que nos nutren, los horizontes que nos enmarcan, esa amorosa piel del mundo. Estaba naciendo un/el Día, esa unidad fantástica del tiempo cuya finalidad es dar sentido a nuestra permanencia. Y era de día, desde la ventanilla donde me apoyaba, casi pegado a mí mismo, hasta el fondo abarcable por la vista, en una generosa extensión que iba más allá de la óptica y de los deseos, porque era de día más allá de todo y todo estaba naciendo para mí, libre de todo. El sol que sale allá en las pampas más profundas que el profundo mar océano.

En la carencia absoluta de algo, un miserable siente que la posesión de un bien deseado es un acceso duro, un trabajo violento y demorado, una entrega muy difícil que de producirse es necesariamente morosa. En el interior de ese tren, en cambio, uno se daba cuenta de que la posesión de lo lejano deseado es lo normal y lo demás un producto de la pobreza extrema o del temor. ¿Yo aquí? ¿Yo en estos lujos del mundo? De pronto me veía envuelto en una profunda revelación, antes soñada, de algo de la naturaleza del tiempo: entre un tramo y otro del viaje, entre una ciudad y otra, e incluso entre un árbol y otro, las distancias no existían: el tiempo era una pura simultaneidad. Y todo sucedía al mismo tiempo tanto aquí como allá, tanto en la vida como en la muerte, el movimiento era una simple ilusión del propio tiempo, que por ser inmóvil sueña estos desplazamientos que llamamos, confundiéndolos, presente o pasado o futuro. Un acorde con algunas notas que salían de aquí desde la vida y otras que venían de allá desde la muerte, pero que sonaban al mismo tiempo

aquí y allá.

Recuerdo que en esos momentos de la revelación el tren corría junto a unas cascadas cordilleranas, el sonido del torrente que caía en los abismos era la voz de este terrible cascote volador lleno de ruidos y de muertes simultáneas que llamamos tierra o planeta o mundo sin decir que somos un simple satélite de esa pobre estrella enloquecida y extremadamente pedante que llamamos Sol. Por eso la revelación era grandiosa, por fin todo empezaba a tener un sentido y dentro de ese entorno el sonido del latido del corazón de mamá era un fundamento tumultuosamente cierto.

Y si el tiempo, como acababa de revelarse, era simultáneo, si no había Pasado ni nada de eso, si todo había sucedido al mismo tiempo o sea casualmente, sin razones de causa y de efecto, si mamá no había muerto por cruzar el mar y conocerte, entonces lo absurdo de acceder al tiempo por etapas o limitaciones se acababa por fin y el sentido de este mundo, que sucede en el tiempo, empezaba a manifestarse con alguna claridad. Allí, de alguna manera, tus cuchillos y tus dedos y tus oscuros pensamientos carecían de sentido. Porque allí no existías. Porque allí las violencias de los sentidos animales (celos, deseos, olvidos, absurdas posesiones de lo vivo manifestado en los cuerpos) carecían de sentido.

De pronto apareciste, dentro de una atmósfera de sueño, y con tu aparición el ámbito del tren se modificó sustancialmente, dejó de ser tren (la irrupción de los padres siempre modifica las situaciones), y el tren desapareció, aparecimos tú y yo en esos tristes cuartos del pasado llenos de conversaciones absurdas y de tristezas edilicias, especies de basuras del tiempo y del espacio. El tren se detuvo en el espacio y en el tiempo y amanecimos no en el espacio del día sino en la noche del tiempo. Y el tren pasó al olvido. Estábamos otra vez en esos miserables cuartos del dolor y la miseria donde tus manos hacen el aprendizaje necesario para borrar lo celeste de los ojos de María.

(sigue según apuntes a mano)

SIGUE: GENERALIDADES, PERO PROFUNDAS, SOBRE LO PADRICO Y LO MATRICO (VER ACASO APUNTES), AGREGANDO ACCION ACTUAL PARA QUE NO SEA PURA ESPECULACION, INCLUSO INVENTARLE UNA ACCION A ESTE MISMO CAPITULO PARA QUE ALBERGUE LAS DISQUISICIONES, PERO, DE ESO SE TRATA, PREPARAR EL TERRENO PARA LA CARTA AL PADRE, QUE SERA UN SOLO CAPITULO LARGO Y MUY INTENSO, POR ESO LA PREPARACION ES TAN IMPORTANTE.

ESTE CAPITULO 7 PODRIA EMPEZAR CON ALGUNA ACCION CONCRETA EN MADRID, POR EJEMPLO LA CITA CON LA EUGENIA QUE VA A SER LA DE LA REALIDAD QUE VIVE CON EL UN TIEMPO Y LE REPROCHA BUSCAR SUEÑOS, Y QUE EN TODO CASO EL LE CUENTE A ELLA, CUANDO SE VAN A VIVIR JUNTOS Y DESPUES DE HACER EL AMOR, SOBRE EL ASUNTO DE SU PADRE, Y DE EUGENIA Y TODO EL ROLLO. VER DE ESTRUCTURAR ASI, Y ACABA CON LA ENTRADA A LA CARTA AL PADRE, BIEN PREPARADA PARA SU DIFICIL DIGESTION.

MUCHO MEJOR, QUE EL CAPITULO 8 NO SEA LA CARTA, QUE SEA OTRO, LIVIANITO, Y DESPUES, CON LOS ANTECEDENTES CREADOS AQUI, LA CARTA AL PADRE CON TODA SU VIOLENCIA, NO OLVIDAR QUE ES EL CORAZON DE LA NOVELA Y DEBE ESTAR MEDIO EN LA CUSPIDE, O SEA DESPUES DE LA MITAD DE SU EXTENSION. DESPUES DE LA CARTA, A LO MEJOR LO DE EN LA ATMOSFERA TENGA MAS SENTIDO Y DIMENSION.


VER

Ver baldos y mosaico pero
"Costa al carcelero"

LIBRO DE CAMINOS Y DE REINOS

Hay tres narradores: Rolando, Bidoglio y el autor. Puede haber más, la voz de Sandra por ejemplo contando una historia independiente.

Bidoglio habla de Rolando, de lo que éste no puede decir por sí mismo o no puede o no se anima. Su problema con Nieves por ejemplo. Rolando cuenta la historia de Bidoglio con la enana (ojo, que el protagonista puede ser Rolando y que lo cuente Bidoglio,) y en algunos aspectos se contradicen. Ambos pueden contar también un mismo hecho, con diferentes ópticas. Son como instrumentos solistas, uno repite la partitura tal como está, otro con mutaciones y ornamentos. También queda la posibilidad de la primera persona para cada narrador. Esto me permitirá desdoblarme, escribir en diferentes estilos, como si se tratara de heterónimos. Puede haber otro narrador, que no tenga arte ni parte en la novela, que no ha sido convocado, que ve la cosa desde afuera, y podría ser un español hablando en su lengua (ver vocabulario típico que suele usar la Rosa Montero en sus artículos) mezclado con expresiones típicas madrileñas de José. Nieves no aparece nunca físicamente o realmente en la novela, pero al final le adjudican vida real, es la compañera de Rolando, la mujer de papel del cuento del coñac para esperar a silvia, en este caso a Nieves, transformando la narración existente. Rolando cada vez tiene que alocarse más con el lenguaje, en contraposición a Bidoglio, que usa el humor. Rola, como músico, hace experiencias con el idioma, y lo dice, altera, rompe, desfigura, disuena, cuenta otras historias que nada tienen que ver con la novela, es decir, improvisa, ~~xxxx~~ es decir, él mismo se desdobra en varios heterónimos, aparte de los heterónimos compuestos con los otros narradores o voces. Nieves es la naturaleza, el amor y el temor a la naturaleza por parte de Rolando, por eso la deja en una virtualidad. Por ejemplo, sabe que la dirección de Nieves existe pero no entra, no se atreve a enfrentar lo que puede ser real, prefiere una permanente virtualidad. Nieves es la naturaleza biológicamente entendida, la costumbre parecida a la felicidad que decía Juanjo.

Uno de los ejes, si no
el eje principal de la
obra, es el amor. ¿Qué
es el amor. Entonces,
en Carta, por que
el cordillo aparece por
asunto de besos; lo
mismo que "Eyes
atrasadas", todo es
asunto de besos. ¿Todo
que nada más que
besos en el ent mundo?
¿Todo la tibia, o en
i realice en epultra y
los que son los besos por
vale en las partida
de cuil? ¿Si no por eso
se viven ent Corred? 

¿no hay algo más en el mundo?

Realidad - R

Real. mensurable - R_1

Real. no mensurable - R_2

Materia - M

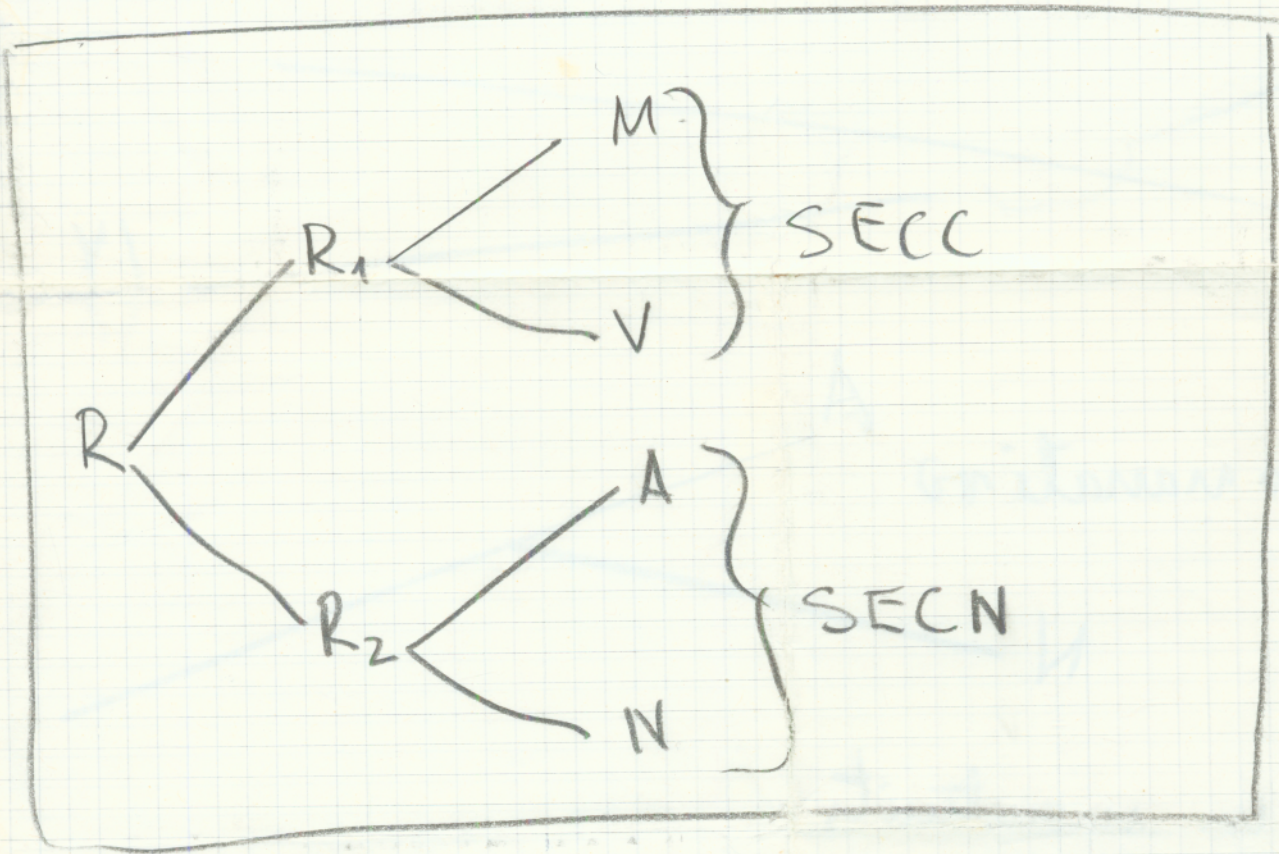
Vida - V

Azar - A

Necesidad - N

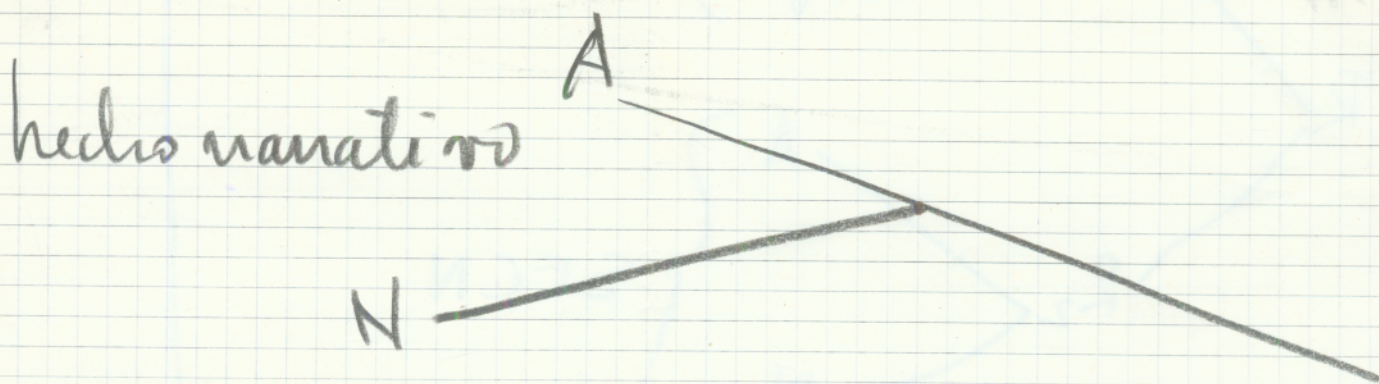
SECC - se expresa en la Ciencia

SECN - " " " " moral



Las líneas del azar y la necesidad
no son coordenadas

El marador las hace coincidir y las
incorpora a lo real, las hace mensurables



A = un momento

N = un lugar

CAPITULO 6

CREO QUE CONVIENE PONER AQUI EL ASUNTO DE PEZUELA, CON UNA BUENA INTRODUCCION SOBRE EL VAGAR POR MADRID EN BUSCA DE, ACTUALIZANDO LA COSA, Y ADVIRTIENDO, CON HUMOR, SOBRE LAS DIFICULTADES DE LOS CUATRO IDIOMAS EMPLEADOS, CON ADVERTENCIAS SERIAS PARA LOS TRADUCTORES.

EN LA ACTUALIZACION DEL TEMA, PONER, OJO, QUE ES **IMPORTANTE**, ALUSIONES A LAS CARABELAS Y AL QUINTO CENTENARIO O AL DESCUBRIMIENTO TAL COMO SE HA HECHO ANTES, SIN EXAGERAR.

PERO OJO, NO DEJARSE LLEVAR, TENER EN CUENTA QUE SE TRATA DE UNA NUEVA ESTRUCTURA. ESTO ES IMPORTANTE PARA CUANDO PASE "EN LA ATMOSFERA", CUIDAR DE QUE NO ME LE QUITE NADA A LA NOVELA, SIEMPRE TIENE QUE PREVALECER LA BUSQUEDA DE EUGENIA, CONCRETA, EN MADRID, PORQUE ESA ES LA ESTRUCTURA DE LA NOVELA Y HAY QUE RESPETARLA.

ln: 9/10: 80

✓ Dado la intro
pero que se
puede!

*Si, es Eugenia que se le
presenta su ~~material~~. Usar ^{todo}
el material & ^{no es en sueños:}
^{su ilusiones de él,}
^{o intentos de corporizaci}
(30/01/89-6,45)*

-Sí, amor mío -respondió la mujer antes de que él le preguntase "¿eres tú?", y se sentó a su lado, en el camastro, como todas las noches,

-Hoy no te vi llegar, ¿Por dónde entraste?

-Por donde siempre -dijo ella señalando hacia los largos corredores,

En realidad no dijo eso, ni tampoco señaló; era el significado de la sonrisa lenta y sostenida conque siempre respondía a esa pregunta de Rolando, y que valía también para la otra pregunta, igualmente inútil, que él formulaba en cada encuentro;

-¿Y no te vieron los guardianes?

La noción que tenía de ella era más táctil que visual, debido a la escasa luz. La mujer aparecía con las primeras sombras de la noche y salía al amanecer, (31/01/89-7,30) Esa noche, que estaba empezando, se había sentado de tal modo, con tan firme decisión de verticalidad, que sería difícil, como casi siempre, conseguir que compartiese con él la horizontalidad. Tú sabes que yo también lo deseo, pero no puedo conseguirlo, le diría más tarde ella, casi al filo del amanecer. *no falta a quella sabana y el rosario.*

La visión era más táctil que visual por la manera que ella tenía de sentarse en la cama, en cuanto él se acostaba, de espaldas a él; y aunque girase el cuerpo todo lo posible para quedar enfrentados, siempre había una zona de ella, tanto en la cara como en el cuerpo, que quedaba fuera de la visión, como si la mujer, tan deseada noche a noche, nunca acabara de llegar plenamente y alguna parte de ella se quedase afuera, en el frío de la noche naciente,

Pero aunque la mujer se tendiera junto a él y lo mirase de frente, la falta casi total de luz impediría su percepción visual. En el interior de aquella noche el único sentido posible era lo táctil. La mujer, casi por propia iniciativa, le tomó la mano que a modo de almohada él tenía bajo su cabeza, Rolando sintió la temperatura de esa mano externa,

-Estás helada, debe hacer mucho frío afuera,

no está claro; add en función de una acción concreta, para q. tenga más sentido.

-Es pleno invierno; y aquí adentro también hace mucho frío, estás tiritando -llegó la voz, ese otro asidero, una voz puente entre lo visual y lo táctil, y que muchas veces era la única realidad palpable de esa mujer que lo conectaba con el mundo,

Rolando empezó a acariciarla. En cinco minutos, ambos cuerpos conseguirían la temperatura del diálogo. Mientras la palpaba en aquella oscuridad, procuraba representarse interiormente, en términos de luz, la forma clara de ese ser que ya formaba parte de su vida. Ojos, nariz o labios, todas las criaturas de la especie se repetían, pero había distancias, proporciones o actitudes que los diferenciaban, y era esta relación caprichosa lo que amábamos. Una combinatoria seguramente no infinita, que proporcionaba variaciones casi infinitas para el juego del amor.

Las zonas = las del mar: sus figuras del mundo, la misma cosa + foto 9

La mujer había dicho invierno, pero la palabra parecía un poco dramática para la temperatura de su cuerpo, que traía de afuera el frío apenas convincente del invierno austral, donde los ríos no se hielan ni aparece la nieve.

lo mismo

→ respondió anticipadamente

-Es la temperatura de mi piel, ¿no? -dijo la mujer ~~respondiendo~~ a una pregunta que él tuvo en la punta del pensamiento pero no llegó a formular.

Rolando entrelazó como pudo sus dedos con los de ella y pensó en la piel como en ese traje de fiesta que usa la vida para ocultar sus intimidades glandulares o respiratorias, la componente edilicia de los huesos o la burda mecánica de bombeo de la viscera llamada corazón. Y uno mismo, especialmente la mujer, esa mujer, era el traje con que este planeta que habitamos se presenta a la fiesta. ¿No lo decía un vals muy cursi: "tú eres la vida, la vida dulce"? (9,00)



Annuario del Cuento Rioplatense

ANUARIO DEL CUENTO RIOPLATENSE

P R E S E N T A C I O N

Cuando el IGE llamó a concurso para optar al premio "Anuario del Cuento Rioplatense" lo hizo con un doble propósito. Por un lado, estimular al escritor americano abriéndole vías de acceso a un público más vasto, nacional y extranjero, mediante la edición cuidada de un volumen que se vende por debajo del costo y dispone de una atenta distribución. Por el otro, estimular al lector conduciéndole al conocimiento de sus autores (rioplatenses, en este caso) mediante una selección de lo mejor, realizada por reconocidos especialistas.

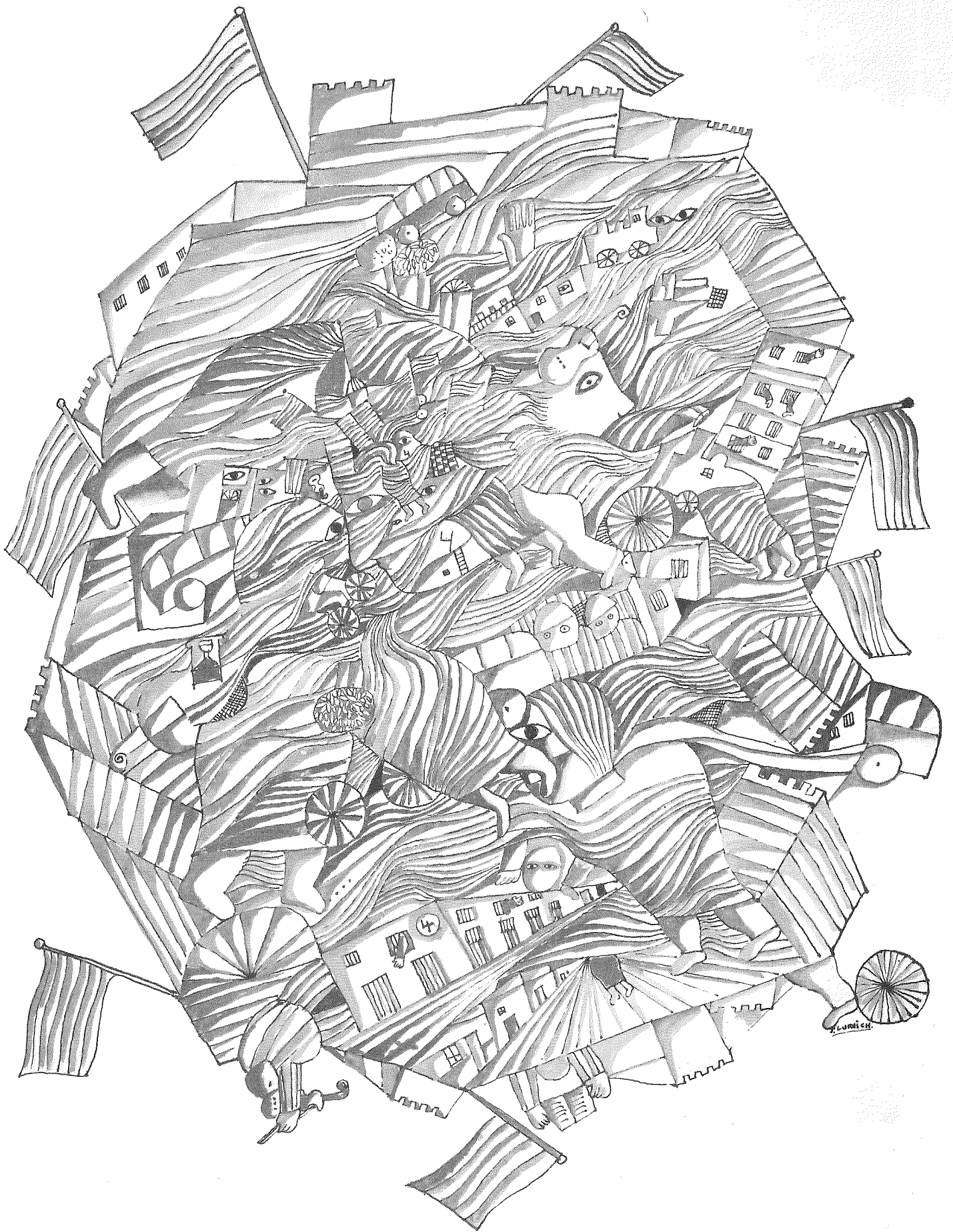
El certamen admitía obras inéditas, de hasta veinte mil palabras, originales de escritores argentinos y uruguayos. El Jurado integrado por José Bianco (Argentina), Pedro Lastra (Chile) y Emir Rodríguez Monegal (Uruguay) distinguió con el premio la obra de Daniel Moyano y aconsejó la publicación de otros cinco cuentos, —seleccionados entre los 648 participantes—, que este tomo recoge.

Al tiempo de entrar en prensa el Anuario llega la noticia de que Daniel Moyano, "el cuentista riojano desconocido", ganador de nuestro concurso, acaba de arrebatar el premio de novela organizado por "Primera Plana - Editorial Sudamericana". Una revista bonaerense describió al autor como "un argentino conocido vía Montevideo". Este solo hecho pone en evidencia el sentido de nuestro esfuerzo, y revela que ni siquiera era ilusorio.

Angel KALENBERG,
Director.

EL ESCUDO

Daniel Moyano



April is the cruelest month
T. S. ELIOT

... y una galería con los retratos de todos los gobernadores de la provincia, para formar la conciencia cívica de..., había dicho el Interventor, y él detuvo sus pensamientos en el pabellón número cuatro, donde sin duda colgarían los retratos aludidos. El hombre calvo seguía hablando sobre posibles reformas en la prisión, parado en medio del semicírculo que formaban los penados, grises en sus ropas de invierno, mientras los funcionarios vinculados a la dirección del establecimiento asentían con sus enormes cabezas. Los guardianes, que tenían el aspecto de sus uniformes, se mantenían erguidos como en un desfile. El había pensado, cuando formaron el semicírculo y el hombre calvo llamado Interventor comenzó a explicar su presencia allí, que cantarían el himno nacional. Pero el aire fue destruido por las palabras del hombre. El hombre calvo estaba hablando, pero él no oía las palabras porque sus pensamientos estaban detenidos en los posibles retratos al óleo de todos los gobernadores que había tenido la provincia. De la provincia, para formar la conciencia cívica... Quizás allí se detuvieron sus oídos, y sus ojos tuvieron que mirar hacia adentro, porque adentro se había incrustado de pronto la forma larga y deshabitada del pabellón número cuatro, único lugar posible en la prisión para ubicar los retratos de los gobernadores. Eran grandes retratos de hombres con barba y anteojos, algunos con uniformes militares, especies de guardianes apolíneos en el fondo de una ilustración brillante. Pero la visión más o menos clara de todos ellos se destruyó en un instante, porque sólo sabía el nombre, o algo como el nombre, de un gobernador, que gobernaba la provincia cuando en aquellos días, inexistentes ya, le sucedió la desgracia aquella. Le decían el Orejudo. Aunque él conocía a otros, es decir, sus retratos, por lo que intuía cómo podía ser una galería de gobernadores. Una vez le había mentido a ella, le había dicho que él era una persona influyente, que podía conseguirle un puesto de maestra, ahora que habían ganado las elecciones. Cómo no, Anita, todo lo que usted quiera; conozco al nuevo gobernador, le pediré ese puesto para usted. No sólo no conocía a nadie, sino que ni siquiera sabía adónde quedaba la Casa de Gobierno. Pero impulsado por la mirada triste de Ana, y quizá por el recuerdo de su vestido amarillo, fue a la Casa de Gobierno y estuvo varias horas esperando en vano para ver solememente al secretario. Entonces vio la serie de retratos eran los gobernadores, todos los gobernadores que había tenido la provincia, vestidos con arreglo a modas distintas. El secretario anotó su nombre y le dijo que podía concederle una audiencia para dos semanas después, y él se fue y le dijo a ella que todo andaba bien, aunque todo andaba muy mal, y pensó con tristeza en la tira de historietas de Anita la pequeña huermanita, y se sintió culpable por haber puesto esa mentira sobre el recuerdo del vestido amarillo, que solía moverse suavemente con el viento apacible de la tarde, debajo de los grandes árboles. La conciencia cívica de los penados, y todos los penados tendrían que pedir audiencia para hablar con el Orejudo mirando los cuadros oscuros, las barbas, los anteojos y los uniformes militares. Claro que ahora no estaba el Orejudo, porque en los últimos años sin duda había habido muchos gobernadores, y nuevos retratos colgarían en aquel salón lejano donde ondeaba, en el recuerdo, la parte alta del ruedo del vestido de Ana. Cuando los cuadros desaparecieron, a causa de la falta de nombres apropiados, sintió que el hombre calvo, la sala redonda donde estaban todos parados en semicírculo y las palabras que flotaban en el aire, desgarrándolo, habían venido para destruir la compañía tibia de todos esos años: la idea del escudo.

Porque ahora que estaba por salir finalmente, la idea de la libertad tenía para él la forma del escudo. Ana estaba hacia adelante, pero antes tendría que resolver aquel problema. El escudo, como una idea, lo había acompañado durante muchos años en la celda. Y el escudo existía, estaba afuera, en el frente de la prisión, y había estado alguna vez en un lejano cuaderno de la infancia.

Los trámites habían concluido y faltaba la parte más dura: despedirse de los compañeros, por lo menos de los de su pabellón. Su compañero de celda, Perico, le había advertido nada de despedidas, y él quedó callado, y Perico añadió, como reflexionando, algún día te hago otro retrato y te lo mando. Como él se quedó callado y solamente sonrió, Perico sonrió también y agregó un retrato de cuando eras joven, de acuerdo a todo lo que me constaste, porque yo no me olvido de nada. Entonces él tuvo

valor para hablar y le dijo que con el que le había hecho era suficiente, y que lo guardaría como un hermoso recuerdo de un compañero de celda, y Perico, decididamente, dijo entonces te voy a hacer un retrato de Ana; eso sí que te gusta, ¿eh? es decir, como yo la imagino.

La despedida con Federico parecía haber quedado en un pasado remoto cuando entró en la Alcaldía para retirar su libreta de enrolamiento y todo lo que había traído consigo el día que llegó a la prisión. Parecía que todas esas cosas no existían más, y sin embargo estaban allí, sobre una mesa, esperándolo: un traje raído, un cinturón con hebilla de bronce, una billetera con papeles incomprensibles, direcciones, recibos, un llavero, una foto carnet cuatro por cuatro fondo blanco, papeles del club y varias cosas sin sentido aparente. El alcalde le entregó también una libreta de ahorro donde figuraba el dinero que tenía cuando entró y el que había ahorrado durante los años, del sueldo de penado. Dijo palabras de esas que no se oyen, como las del lejano interventor calvo, tales como "hombre útil a la sociedad a la que se reintegra", "años que han templado el ánimo", "mucho suerte y que nunca más lo veamos por aquí". El oyó todo pensando que faltaba poco para ver el escudo tantas veces presentado. Cuando entró en la prisión, aquel día perdido, lo vio fugazmente, sobre la gran fachada, en relieve de material resaca. Era un escudo grande. Después entró y no pudo verlo nunca más, estando tan cerca, desde adentro del edificio, que era como estar dentro del escudo. Ahora, por fin, podría contemplarlo desde afuera. Sabía que, casi con seguridad, era el escudo de la provincia, tal como lo había atisbado alguna vez en papeles impresos (el papel donde el secretario del gobernador anotó su nombre, cuando fue por el puesto para Anita), y semejante sin duda al que había dibujado en su cuaderno de la niñez. Pero a veces dudaba y creía que el de la fachada era distinto, porque los recuerdos de la fachada no coincidían con los de la infancia, incluso el de la fachada quizás no fuese un escudo sino algo que se le parecía, alguna alegoría relacionada con la provincia, su fundación con españoles, espadas y aborígenes. De todos modos, las formas de la fachada tenían una especie de torreón. Pero dudó un instante, mientras recibía la libreta de enrolamiento y oía útil a la sociedad, porque ahora no sabía si se trataba de un escudo hecho en relieve sobre la parte alta de la fachada, o si todo el frente de la prisión tenía la forma de un escudo. Sea como fuere, se dijo, el escudo tenía un torreón con siete banderas y flotaba sobre un probable mar. Existía en sus recuerdos con su frente de piedra y las olas como movidas por el viento. El escudo era, en verdad, como una cárcel. Él, desde adentro, podía imaginar que por fuera era así, con tres banderas en cada costado y una más grande arriba; una puerta que remataba en un arco, y algunas ventanas arriba, también con arcos. En cuanto al mar, podía extenderse hasta el infinito, sobre ciudades grises y campos verdes, debajo del sol y de la noche, y quizás debajo de una lejana pero posible nieve. Pero sin duda el frente de la cárcel era el escudo entrevisto, según parecía en los recuerdos más íntimos. Había un hecho contradictorio sin embargo: él llegó en un vehículo cerrado que tenía apenas unas mirillas como para que entrara el aire y parecía difícil que en esas condiciones hubiera podido ver todo el edificio. Aunque los guardianes que lo habían llevado desde la cárcel de encausados hasta la penitenciaría le dijeron, al bajar, que ahora podría estirar los pies, de modo que en ese instante que estuvo parado pudo ver, sin duda, todo el edificio de piedra y las banderas. La idea del mar, en la que sus recuerdos insistían, parecía pertenecer solamente a un escudo. No podía haber un mar en medio del país. Pero pensaba que si el edificio tenía en realidad la forma del escudo, el mar estaba, en ese caso, representado por la vasta tierra. Todo lo que se extendía alrededor de los muros, mucho más lejos de lo que pudieran ver los ojos, podía ser como un mar. Y el mar había sido como un tiempo largo e invariable que debía transcurrir o secarse para permitirle finalmente obtener la libertad, que existía sin duda alguna detrás de toda aquella anchura interminable.

Pero era probable también que ni la cárcel ni su fachada fuesen un escudo y que aquella idea que lo acompañó durante años en la celda surgiese de aquella visita absurda a la casa de gobierno, cuando le mintió a ella diciéndole que conocía al gobernador, y vio que los ojos de Ana se agrandaban en la esperanza de que pudiera conseguirle un puesto de maestra en algún pueblo del interior de la provincia, en Quatimozín, según decía ella afinando los labios. Tampoco recordaba la forma del edificio de la casa de gobierno, sino su larga espera en la sala de gobernadores, con tantos retratos al óleo donde

Interventor

de fachada

donde

mandaba

no subrayar

8

del escudo

de la fachada

no subrayar

no

antes

el

y se crió en la prosa y literatura. Des- como corresponsal del n el Cuarteto Estable des (Premio Editorial r, Buenos Aires, 1962, gundo premio Ricardo ma (Editorial Sudame- as Artes, novela). En americana por su obra

este,

en la libertad

inmediata, pero para salir

distintos viejos, en medio cuerpo y ostentando las fechas en que habían gobernado, lo miraban con sus ojos muertos desde sus caras ocres y polvorientas. Quizás en ese edificio estuviese el escudo, en un ejemplar de la Constitución de la Provincia que había encima de unas superficies brillantes.

Quando estiró su mano para estrechar la del Alcalde, que parecía emocionado mientras le decía el establecimiento pierde a uno de sus mejores penados pero la sociedad gana un hombre, olvidó la idea del escudo y de la fachada y salió de la oficina. Del pabellón cuatro venía el sonido de un violín. **Contó:**

Nunca más recordaría el largo **deje salir** de uno de los guardianes, ni la sonrisa del jefe de guardia ni el aspecto adusto del guardián del último puesto, casi sobre la calle. La calle estaba llena de sol y se extendía hacia un mar lejano. Las casas tenían colores diversos y en el cielo no había nubes. Un viento frío le dio en la cara, y él pensó que debería demorar esos instantes para gustarlos con la fruición que le había propuesto su ilusión a lo largo del tiempo, pero los minutos pasaban igual que adentro, y el sol era el mismo, sobre las casas apenas diferenciadas de una calle que, lo recordaba aún, se llamaba Colombres. Era recta y simple, muy distinta a la calle oblicua que lo había llevado muchas veces a la casa de Ana, debajo de los grandes árboles.

Se había alejado unos cincuenta metros, por la calle aquella, tratando de que entraran en él todas las cosas posibles de aquel mundo hasta entonces ausente cuando, entre una turbamulta de impresiones, apareció vagamente por la superficie la idea del escudo. Estaba por volver la cabeza y la volvió un tanto hacia un costado con el propósito de mirar finalmente hacia atrás y descubrir el escudo o el edificio que lo representaba, pero una **mirada de sol sobre una pared amarilla** detuvo su impulso. Era una pared semejante al vestido de Ana, la su último vestido, o al vestido que habían visto sus últimos ojos, y esa impresión le hizo percibir la alegre curva de su sangre, hacia adentro, y miró adelante, hacia la probable casa y hacia el probable vestido amarillo, que habían quedado en el tiempo que aún fluía interminable. El escudo sumergióse luego en cualquier punto del mar y sólo quedó, en la superficie, un viento que castigaba el rostro con vagas tentaciones. Quizás aquella calle, donde el viento moraba, no fuese tan recta después de todo; quizás tuviese una inclinación que él no percibía; quizás fuese enteramente oblicua y amarilla.

En ese color parecía que estaba la única posibilidad que le quedaba para aferrarse a la segura carrera del tiempo, a la segura transformación de la ciudad y de los seres que la poblaban. Pero ese color debía significar el puerto, la verdad final donde esas vísceras cubiertas por una piel generosa que llevaba su nombre, debían detenerse para morar en acuerdo con el tiempo y con su lejano cuaderno y con aquella calle oblicua cubierta por dos hileras de grandes árboles cuyas copas oscuras, como cúpulas, se juntaban arriba. Y ahora necesitaba un refugio eventual, un lugar para considerar detenidamente en qué punto debería efectuar la unión para que la vida continuase después de esa larga interrupción de cuatro paredes y de las largas baldosas del pabellón número cuatro.

Su hermano parecía la solución. O por lo menos la palabra hermano, aunque ésta correspondiese a un ser indiferenciado. En su casa podría esperar todo lo que viniese. En el último año su hermano fue una vez a visitarlo. Tenía el rostro muchas veces gastado. Te faltan pocos meses, le dijo, como si meses fuese poca cosa. Le contó que se había jubilado, mientras enrollaba un billete de cien pesos que le entregó rápidamente, como ocultándose de la mirada de los guardianes. Le había llevado el violín, sin cuerdas ni accesorios. El se lo había pedido muchas veces, pero el hermano había postergado otras tantas su entrega, porque tenía mucho trabajo. Ahora se lo traía, decía, porque se había jubilado. Es que ni vos sabías adónde lo habías dejado, le dijo. En la casa de la Gorda no estaba, así que tuve que buscarlo por varias partes hasta que dí con él. Aceptó las razones aunque le parecieron absurdas. Parecía que incluso los parientes, los seres que uno creía invictos, estaban tocados por el rigor de las circunstancias inevitables que lo mantenían allí adentro, sobre el brillo de las baldosas del pabellón número cuatro. Cuando el guardián le entregó el violín traído por su hermano, y que significaba desde ahora la jubilación del hermano y no un violín, vio que no tenía ni cuerdas ni cordal. La falta de elementos tan vitales para el instrumento le produjo la misma sensación dolorosa que oírle decir la casa de la Gorda, una prima de Ana a cuya casa solía ir los fines de semana para

Alcalde

tocar el violín. Era triste que su hermano se refiriera así a cosas que se aproximaban a Ana, único asidero que tenía para continuar su vida en el futuro de acuerdo a los comienzos trazados, que eran como sus vísceras, íntimamente sentidas, intransferibles. Tuve que buscarlo por varias partes, había dicho la voz corriente de su hermano, y eso significaba que podía haber estado también en la casa de Ana. Sin embargo nada le decía de ella, aunque debía saber que allí estaba lo más vivo de él. El problema del cordal se solucionó fácilmente, porque un penado que trabajaba con astas de vaca le hizo uno perfecto. Para las cuerdas tuvo que esperar dos meses más.

Se alegraba ahora, cuando la calle de la cárcel había quedado lejos, de haberle regalado el violín a Brizuela: sin ser un violín de marca era, después de todo, un violín de verdad, mucho mejor que el que el propio Brizuela había fabricado en la carpintería de la prisión. Brizuela miró el violín, lo tomó, y dijo solamente, como con alegría, **diapasón de ébano** y se fue hacia su celda. Cuando el alcalde le entregó la libreta de enrolamiento se oía el violín bajo los seguros dedos de Brizuela.

Dobló en muchas esquinas, que habían perdido su poder de deslumbramiento a fuerza de repetirse, y después miró calles más o menos familiares. La casa del hermano estaba cerca, justamente en el lugar opuesto al barrio donde en algún tiempo vivía Ana. Desde este ilusorio alejamiento podría evocar todo lo pasado como desde lejos, como desde la prisión. La casa del hermano sería un breve reposo para poder considerar desde allí, con detenimiento, las varias posibilidades que tenía para comenzar a buscar los trozos de su vida verdadera y juntarlos **placidamente** para volver, algún día, a integrarse con movimiento incesante que, sin detenerse, se había interrumpido para él en algún punto lejano de ese mar presantible sobre el que parecía haber estado flotando la prisión o el escudo con sus seis o siete banderas. Finalmente la casa de su hermano, idéntica, apareció ante los ojos. Era el primer detalle cálido que le ofrecía la ciudad, completamente transformada. Se detuvo un instante en la vereda, tratando de recordar algunas cosas. Eran tantas las que existían dentro de él, que prefirió borrarlas para atenerse solamente a la fachada de la casa, de ladrillos desnudos y ventanas muy altas. Algo de su niñez estaba allí, pero parecía no tener importancia. Algo que podía ser como el escudo. La puerta estaba cerrada. Pensó que allí habían llegado muchas de sus cartas, en tantos años, pidiendo cosas que ahora no tenían sentido. Adentro estaban, además, los otros parientes, que habían transferido en el hermano la obligación de visitarlo de vez en cuando. Recordó que entonces, en alguno de los tantos entonces hacia los que inevitablemente iban siempre sus pensamientos, había un cántaro de barro cocido, en la galería, con agua mineral del pozo san Martín. Habría quizás una parra, que él pudo muchas veces, hacia el invierno. Había entonces vecinos que iban a buscar retoños para iniciar nuevas vides. Había también, adentro, un baile muy lejano, y sonrisas que se fueron al mar. Había música, un disco con un solo de violín. En la vereda de la cuadra había la memoria de algunos seres difusos que pasaron cuando él estaba allí, y una plaza cercana, con un monumento ennegrecido. Desechó todo eso y pensó en la fingida cordialidad que demostraría a su hermano. Dejó la valija en el suelo, tomó la aldaba y llamó dos veces.

Volvió la cabeza y vio que María seguía detrás suyo. Le hizo una seña con la mano libre, indicándole que se apurase, mientras con la otra arrastraba casi la valija entre el gentío. La seña hecha con la mano indicaba no solamente que debía apurarse sino que el tren estaba por salir. Incluso le indicaba cuál de los trenes, porque había visto, en uno de los vagones, la leyenda "Alta Córdoba-San Francisco". María no viajaba a San Francisco sino a uno de los tantos pueblos intermedios, entre río y río. En su infancia había hecho un viaje por esa ruta. Había puentes y ríos. San Francisco era una pequeña ciudad húmeda con bares llenos de italianos fumando sus pipas humeantes. Había una calle ancha y larga y diversos vehículos tirados por caballos, detenidos a las puertas de los comercios. Subió al vagón y ubicó la valija en un asiento. Vio aparecer a María y le dijo que se sentara enseguida porque de lo contrario tendría que viajar parada. Le dijo eso mirándole la papada y tuvo lástima otra

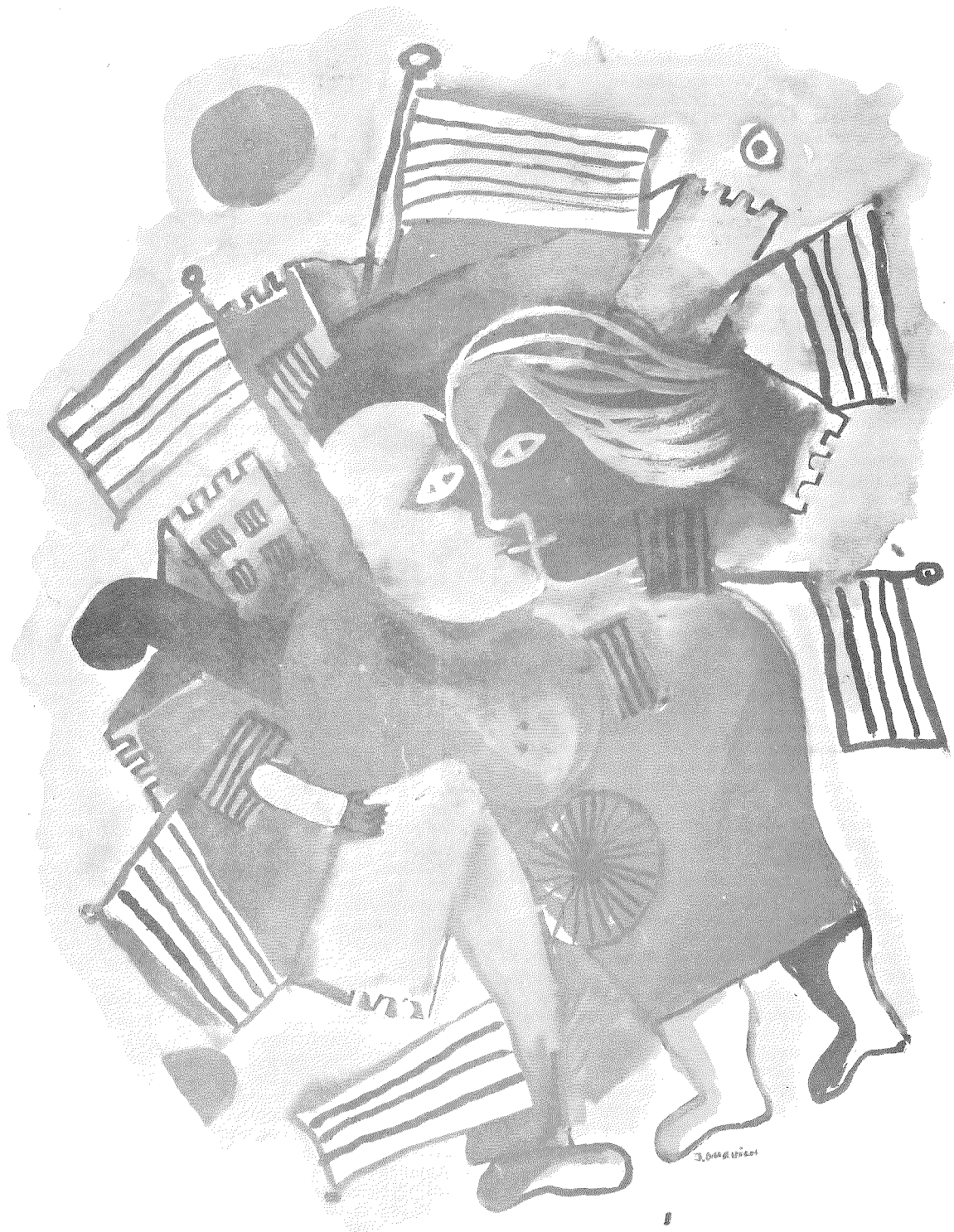
vez. Se bajó precipitadamente, cuando la vio sentada, pensando que lo mejor sería huir enseguida, no mirarla más. Pero parecía cruel ese deseo, de modo que se acercó, por el andén, a la ventanilla. María había apoyado un codo y miraba con esa expresión que tenía en la cara desde que decidieron separarse. La papada formaba parte de la expresión aquella, tornándola definitivamente triste. Se miraron. "Te hubieras ido", empezó a decir ella, *ella* intentando una sonrisa. El no respondió. Oyó que la voz de María seguía diciendo "total no vale la pena que vengas a la ventanilla; hubiera sido mejor que te fueras, porque te cuesta el alma estar aquí". Algún día, comenzó a decir él, pero la voz de María enunciaba en ese instante *ella* el alma estar aquí, y agregó *ella* no me tengas lástima, es lo único... y él sintió los pasos de ella acercándose a su cama, en la casa del hermano, en el comedor sombrío donde habían instalado su dormitorio. Después su hermano se enteró y le dijo que no toleraría que durmiera con la sirvienta que él la había traído de la casa de los padres en el campo, y se había comprometido a cuidarla, y ella tenía veinte años y él cuarenta, no le daba vergüenza, de modo que esa situación no debía continuar. Y luego el hombre alto y flaco, *de ella* jubilado ferroviario, le dijo que el alquiler de la pieza costaba tanto, pago por adelantado, los impuestos son muy altos, y pasaron la primera noche solos y tranquilos, pero no era como cuando ella llegaba entre la oscuridad y se tendía a su lado, y él la esperaba porque sabía que vendría, para demorar con ella el arribo del instante en que comenzaría a reconstruir su vida. *de ella* No me tengas lástima, es lo único que te pido decía María, de veintinueve años, asomando apenas su cara multitudinaria, sin recuerdos, por la ventanilla del tren frío. María levantó el codo que tenía apoyado y en sus ojos concluyó súbitamente la mirada y una expresión que sin duda se refería a esa noche que él lamentaba, cuando había comenzado a reconstruir sus recuerdos, y lloró ante ella después del momento del amor. Ella se asustó y se irguió para preguntarle qué le pasaba. Nada, dijo él viendo que ella se levantaba y que su rostro tomaba esa expresión que ahora concluía. María enmudeció durante varios días aceptando los actos de amor en silencio, y luego habló con su rostro transformado por la expresión aquella concluida en el tren y le dijo que sabía que no la amaba y que había llorado por algo que estaba en el pasado. Después vinieron otras cosas, y después el silencio, y finalmente la estación con el tren y la valija entre la gente y los ojos y la cara de María por la ventanilla rogándole que no tuviese piedad, que era lo único que le pedía. *de ella* Nada más que eso, dijo la voz de ella, y él quedó en silencio, arrepentido de no haber seguido con la multitud, sin volver hasta la ventanilla. *de ella* Creo que merezco siquiera eso, dijo ella a través de su rostro adusto y casi hermoso, pero su voz parecía brotar de un ser más puro, de alguna forma que podría en todo caso convivir con sus recuerdos, esas formas de recuerdo que estaba reconstruyendo tan piadosamente para volver al instante en que su vida quedó interrumpida, y a la que podría llegar, estaba seguro, por la punta de un hilo que estaba dentro de él, en algún lugar no violado por los años impios. Cuando cesó la mirada ella tuvo un movimiento involuntario en todo el rostro, producido por alguna sensación interna, por percepciones que querían volverse sonido sin lograrlo, y finalmente abrió la boca y otra vez dijo palabras incoherentes, de las que él podía entender *de ella* todavía no me has dicho por qué lloraste; y llorar justamente en ese momento, y él sonrió para decir que ella olvidaría pronto todo aquello, porque tenía toda la vida por delante, y que en cambio él, pero las palabras no brotaron y la sonrisa quedó sola en su rostro, y ella mostró en él suyo algo que un ser interno y desconocido le dictaba, y dijo con una voz que se aproximaba a sus recuerdos que comprendía y que la dejara sola porque no quería pasar vergüenza llorando en esa ventanilla. El sintió impulsos de abrazarla, porque sabía que no la vería más y que ni siquiera sería un recuerdo, pero se contuvo y detuvo bruscamente la sonrisa que se mantenía estúpidamente en su rostro. El tren partió y él sacó un pañuelo para saludar, sintiendo que el acto era aparatoso, pero ella no lo miraba ya, estaba con todo su ser hacia aquella ciudad húmeda que él entrevió en su infancia y a la que no llegaría sin embargo porque en algún pueblo ceniciento se detendría y bajaría y llegaría a su casa, para hundirse en el tiempo, como estaba hundido él desde hacía tantos años. Y cuando el tren desapareció en la curva y el rumor persistía, sintió una alegría nueva; y cuando el rumor también desapareció y las vías quedaron desnudas bajo el sol del mediodía, sintió que la alegría brotaba como forzada entre esos pequeños hechos apócrifos que turbaban el silencio de su vida inte-

Mostrado totalmente. *ahora*
 rumpida, cuyo hilo inicial nacía lentamente en su memoria a través de una calle arbolada hacia cuyo fin comenzaban sus presentimientos secretos.

objetos
 No había quedado ninguna huella de María en el cuarto, pero subsistía algo sin embargo. Un rincón, el sol entrando por la ventana a una hora determinada, el recuerdo de su respiración violenta en la noche. Durante los primeros días sintió todo eso y trató de borrar cuidadosamente cualquier resto de ella que hubiese podido quedar. Había un cesto de costura, con agujas e hilos, que envolvió una mañana y abandonó en el banco de una plaza, como había hecho otras veces con otros objetos de ella descubiertos después de su partida. Limpió todo el cuarto para borrar cualquier posible olor que le recordase a ella, y aún así algo subsistía. Se dijo que era igual que aquella vez que llevaron a la enfermería a uno de sus tantos compañeros de celda. Durante los primeros días no le importó mirar todo lo que pertenecía a su compañero; pero cuando el compañero no volvió más, porque había muerto, trató de borrarlo todo cuidadosamente, como ahora. Se llevaron todas sus cosas, pero quedó el olor. Sin embargo parecía que eso era una ilusión, porque su nuevo compañero, Perico, le dijo que él solamente percibía el mismo olor en todas las celdas. Cuando Ana venga acá —pensó— no habrá más olor.

de
 Se dijo que dejaría pasar unos días todavía antes de comenzar la reconstrucción, cuando ya no quedase nada de la vida falsa que había iniciado y felizmente interrumpido. Muchas noches, oyendo la respiración de María, había querido evocar la calle que conducía a la casa de Ana, el club, la representación teatral, los trajes y el maquillaje. Pero la presencia de ella se lo impedía. Y aquella noche que lloró fue por eso, porque había traicionado aquellos trajes y aquellos rostros enardecidos por la alegría de lo nuevo, en el club del barrio, en la noche estival, cuando era joven y soñaba y presentía y amaba. Lloró porque debajo de los trajes y de la música y de las palabras aprendidas de memoria estaba el rostro triste de Ana, con sus ojos pequeños y dulces y su lejano vestido amarillo, el que solía usar por las tardes, parada contra la verja de la casa, ante la calle de tierra regada, mientras corría un viento fresco. Dejaría, pues, pasar unos días antes de arrimarse al santuario, antes de recordar cómo era él entonces, para volver a serlo y poder así acercarse a la casa de Ana. Mientras tanto había algo que flotaba en su interior pidiendo una comunión final: el escudo. Quizás el solo hecho de reconstruir el escudo significara una aproximación real a la fragilidad del mundo perdido pero posible.

de ella
 Durante toda aquella tarde, en la ferretería donde trabajaba, como vendedor, había estado pensando en el escudo. La sección de repuestos de todo tipo, que él atendía, constaba de más de cinco mil piezas distintas que él conocía por sus nombres y dimensiones. Los objetos tenían las formas más variadas y aparentemente absurdas posibles, pero cumplían funciones indispensables, como las vísceras, en el todo del que formaban parte. Pero ninguna se aproximaba a lo que podía ser el escudo. Cuando se sacó el guardapolvo gris y tomó el ómnibus que lo llevaría al barrio donde vivía, se acordó del libro elemental de lectura donde le había enseñado a María las primeras letras. Y aunque el hecho le trajo a la mente la certeza de que leer era, finalmente, un acto sin importancia para la vida, puesto que María constituía una verdad en su voz y en sus palabras y en sus actos, lo olvidó intencionalmente para recordar que en una de las páginas del libro quizás estaba el escudo de la provincia. Y aunque no fuese como el escudo de sus obsesiones, era un escudo después de todo. Pero poco antes de bajar en la esquina conocida, a pocos metros del cuarto que alquilaba, donde ya no existía nada de ella, recordó que el libro había quedado, con el costurero, en un banco de la plaza. Cuando bajó y dio los primeros pasos hacia la casa, se dijo que por una parte era mejor, porque el escudo estaba, como Ana, en su mente, y sólo de allí tendría que salir. Ningún escudo real lo sustituiría. Perico lo había dibujado muchas veces, le dijo más tarde su mente, en la cama, con la luz apagada, mientras oía el rumor de los últimos ómnibus. Pero los dibujos se parecían, en todo caso, al escudo entrevisto en la infancia, cerca de la ciudad húmeda, o al del libro donde María aprendía, riendo por considerarlas inútiles, sus primeras palabras. El escudo que vio en el frente de la



acero

Ortega y Gasset

prisión, o el frente mismo, que podía ser enteramente un escudo, era distinto, con otras proporciones.

Cuando los ómnibus desaparecieron detrás de sus ojos cerrados, soñó el escudo. Todo estaba tan claro como en el libro de la infancia: tenía siete banderas, una de ellas en la cúspide del edificio, ondeando en el viento que venía del mar. En una de las innumerables ventanas del castillo (porque el edificio parecía ser en último término un viejo castillo flotante) estaba el rostro inconfundible de Anita, con los ojos rasgados, como los tenía aquella noche de la representación teatral. Él se los vio cuando ella, después de la parte más difícil, la que él acompañaba con su violín entre bastidores, se juntó con él en la oscuridad. Vio sus ojos y oyó su respiración, mientras el pecho subía y bajaba entre los adornos de papel de su traje de utilería. Estuvieron solos un brevísimo instante, y se miraron como para reconocerse, y él tuvo miedo de esos ojos siempre pequeños y tristes, rasgados ahora con un trazo azul, y de la respiración agitada y del frágil vestido de papel. El rostro era así en

medio del escudo, y el mar, que aparecía por momentos, era amarillo. Soplaban un viento fresco, como de calle recién regada. Entró en el escudo y vio su bicicleta. Estaba apoyada contra un muro de utilería, un gran bastidor cubierto de lienzo que simulaba un lago nocturno, pero con una sola rueda, de modo que la otra quedaba hacia arriba, y parecía estar así porque formaba parte del escudo. El cuerpo de Anita no aparecía por ninguna parte. Salió del interior del escudo y vio que su rostro estaba sin embargo en una de las ventanas, y sonreía. Sus ojos no tenían ahora ningún trazo azul y parecían tristes dentro de la sonrisa. "Alguna trampa de las cosas del teatro" se dijo, y volvió a entrar en el escudo. La bicicleta había desaparecido, y Anita, hacia el fondo del escenario, lo esperaba apoyada contra la verja de su casa, con el vestido amarillo. Para llegar a ella había que transitar por una de las dos calles que desembocaban en su casa: una en diagonal y otra recta. Pero desgraciadamente el trayecto sólo era posible en la bicicleta, como si el sueño le impidiera mover los pies y marchar hacia ella. Un

rumor,

ómnibus de la mañana lo despertó. Aun estaba oscuro, y hubiese sido fácil confundir la hora y pensar que acababa de acostarse y que estaba oyendo los últimos ómnibus, pero conocía bien el ruido de los vehículos del amanecer. Despertó con alegría. Los objetos del cuarto, en penumbra, le recordaron el encuentro lejano con Anita entre la oscuridad de los bastidores. Había sido extraño soñar con la bicicleta. El siempre iba en bicicleta para verla a ella, porque la bicicleta era una de las formas de expresar que no iba por ella sino que pasaba por allí. Su hermano no supo decirle nunca adónde había ido a parar la bicicleta. La recordaba perfectamente, con los ruidos de los elásticos del asiento y el manubrio frío en las mañanas de invierno. Las ruedas, por la calle recta o por la diagonal hacia la casa de Anita, producían dos tipos de ruidos, según estuviese o no regada la calle. Cuando se detenía ante ella los separaba la bicicleta. El no se bajaba nunca. Conversaban así, él montado en la bicicleta, con un pie en el suelo y otro en un pedal, ella apoyada contra la verja descolorida. Hablaban del club, de la obra de teatro. Se había vestido y la alegría subsistía. La luz del día entraba poco a poco en el cuarto. Perico, a estas horas, estaría encendiendo su Primus con un rumor parecido al de las ruedas de la bicicleta sobre la calle regada. Se dijo que hoy podría realizar su primera aproximación a ella, según lo tenía planeado; pero sabía íntimamente que postergaría aún ese hecho fundamental, como si tuviera necesidad de volver a ser previamente la misma persona sobre la bicicleta, la de años atrás, antes de acercarse al lugar donde había quedado lo más hermoso de su vida, donde se había interrumpido la existencia, donde sin duda subsistía, en el simple aire o debajo de las dos calles que conducían a ella, el vínculo que lo salvaría de todos los años oscuros.

El aire de la calle era frío todavía, y no acababa de amanecer. El ómnibus demoró más que otras veces. Subió y vio que las caras eran otras, es decir, no tenían los rasgos de las personas del amanecer. Parecían desfiguradas bajo los sombreros, como los rostros de los gobernadores. Para formar la conciencia cívica de los penados. Diez cuadras más allá lo sorprendió que no subiese el vendedor de diarios, como todos los días. Estaba acostumbrado a leer, a esa hora, la historieta que salía en sustitución de Anita la pequeña huerfanita. Preguntó la hora. Eran las tres de la mañana. La claridad supuesta había sido la de la luna.

Era improbable que hubiese otro ómnibus para volver, de modo que resolvió ir hasta el centro, meterse en algún bar nocturno y esperar el día para ir a la ferretería, donde millares de piezas de nombres y formas absurdos reposaban en las estanterías.

Se sentó junto a la ventana de modo que pudiese ver, cuando apareciese, el primer resplandor de la luz del día. En algunas mesas jugaban a la baraja. Salvo eso, y la calle y la ciudad hacia afuera, era igual que en la celda. Allí también había esperado muchas veces con ansiedad la llegada del primer resplandor del día, mientras Perico dormía como olvidado del mundo. Eso le demostraba que era verdad lo que había sentido varias veces desde que salió de la cárcel: que la mayoría de las cosas nuevas que lo esperaban más allá del escudo tantas veces soñado significaban prisión también, y la única manera de borrarlas para siempre era volver al vínculo de las dos calles que conducían a la casa de Anita, volver a la calle regada, a la bicicleta y al vestido amarillo. Había tomado un segundo café cuando pensó en todo eso, y ahora, mirando la superficie limpia de la mesa, seguía pensando en aquella sensación. Cuando tuvo que llamar dos veces a la puerta del hermano y esperar un largo rato hasta que abriesen, los hechos significaban algo como la prisión, una morosidad expectante que había aprendido a sobrellevar pero que sufría intensamente. Desde ese instante, antes de que abrieran la puerta, supo que la única forma posible de recuperación era volver al barrio de Anita por las calles de tierra, y merodear largamente, y observar en silencio, de noche, para ver si había algo de lo perdido, aunque Anita y sus hermanos y los amigos no viviesen más allá. Justamente por eso merodearía previamente, porque alguien que no perteneciese a sus recuerdos podría aparecer y decirle que ya no había nada de lo que buscaba, que se fuera del lugar porque estaba perdiendo el tiempo. Pero él no se dejaría ver, porque iría de noche, y sin duda alguien perteneciente a sus recuerdos lo descubriría a él, y él se dejaría descubrir y diría que iba pasando, pero que podía detenerse, que iba pasando como cuando cruzaba con su bicicleta la calle regada y la veía a ella contra la verja de madera y se detenía sin bajarse de la bicicleta, como diciéndole que

iba pasando pero como la había visto ~~por~~ allí se había detenido.

Era la única manera de salir de las cosas que significaban prisión. El hermano, cuando abrió la puerta, le dio un abrazo aparatoso y le dijo que no sabía exactamente el día y que por eso no había ido a esperarlo. Los demás miembros de la familia lo saludaron con una efusividad estudiada, y por la noche le armaron una cama en el comedor, entre los retratos de los abuelos irrecordables, como gobernadores descoloridos. Se compró dos trajes, que colgó en una silla, y un violín que puso sobre un mueble bajo. Exactamente como en la prisión. Tocaba las mismas piezas, las que le permitían sus conocimientos técnicos, que llegaban hasta la tercera posición. Y aunque conocía otras teóricamente, sus dedos no llegaban más allá de un re encima del pentagrama. Eso también había significado prisión, tanto allá como acá. Muchas veces, en la celda, había pensado que cuando saliese podría dedicarse a atacar las notas más agudas. Ahora se daba cuenta de que no podría hacerlo, porque la posibilidad residía en conocimientos técnicos a los que no había arribado o que voluntariamente había desechado. En la casa del hermano las cosas se realizaban ritualmente: se comía a la misma hora, se dormía todos los días a la misma hora, se leía todos los días el mismo diario. Los presentimientos de los días de prisión no terminaban en ninguna parte. La libertad anhelada no existía, y el mundo tembloroso de Anita estaba demasiado próximo como para intentar una aproximación, como él quería, sin destruir los presentimientos. Sentía que habitaba un mundo heredado, no algo que él hubiese podido hacer, como el mundo donde moraba Anita. La única posibilidad estaba en ella: ir y tomar los hilos rotos y reconstruir luego pacientemente los últimos sucesos para reanudar la existencia donde se había interrumpido.

La aparición de María fue algo más doloroso que tocar el violín en el comedor del hermano o mirar los retratos de los abuelos casi gobernadores o leer y comer a las mismas horas como en la prisión. Todo eso era prisión, pero él lo sabía y se mantenía allí hasta que llegase, por dentro, el momento, el momento oportuno para iniciar la reconstrucción del vínculo destruido. María, en cambio, era la vida más allá de los muros, era una de las formas de la libertad, pero no la forma que él esperaba o deseaba. Y, todavía peor, la aproximación entre ambos surgió sin palabras, con miradas y actitudes, con un rozarle la mano mientras le servía la comida, o una mirada fugaz cuando él se había acostado y ella entraba en el comedor en procura de algo. Era una realidad que se imponía, sin tener en cuenta los hilos rotos, las avenidas, las luces del escenario y los trajes de utilería. Era otra realidad imprevisible que le imponían los hechos externos y que él no podía demorar ni un solo instante en su conciencia de las cosas. Cuando ella surgió en la oscuridad aquella noche, y él la palpó y ella se tendió a su lado, él supo de alguna manera que se entregaba a esa otra realidad temida, y que el mundo próximo de Anita se confundía con las formas ilusorias del escudo. Al día siguiente María actuó como siempre, sus actos eran los mismos y su rostro adusto, signado por una papada apenas disimulada, no parecía ser el mismo de la noche, como si la mujer, en la oscuridad, se transformase en algo de otra manera inasible.

"Cuando te vayas de acá la vida te va a salir al encuentro", le había dicho muchas veces Perico, y él había respondido que iría a buscarla porque la vida lo estaba esperando en la bicicleta, contra la verja de madera toscamente labrada. Perico le decía frases más o menos parecidas, que tenían idéntico significado, cuando él le contaba, por centésima vez, los episodios borrosos de la bicicleta, la calle regada y la representación teatral, como si todo eso no tuviese significado. María se había anticipado a Anita, había destruido el vestido de papel y la respiración agitada en la oscuridad; la había sustituido con su propia respiración. María era la forma no buscada de la redención y lo obligaba a penetrar en una curva dolorosa que existía antes de la aparición de Anita, y que él había temido y de la que lo salvaban felizmente las dos calles que conducían a la casa, una en diagonal y otra recta, desde las cuales podía ver a Anita en distintas actitudes, aunque no se moviese de su habitual lugar, contra la verja oscurecida por el aire borroso de la tarde o la sombra fresca de los árboles opacos. María bajó la cabeza cuando el hermano de él, aquella mañana en la cocina, le dijo que sabía lo que pasaba entre ellos y que en su casa no podrían seguir haciéndolo. María bajaba la cabeza y su papada desaparecía en el cuello blanco y suavemente surcado de músculos ocultos y temblorosos. Y cuando él envolvió el otro traje y tomó el

violín, su hermano, ya en la puerta, le dijo que él podía quedarse si se iba María. Después los dos tomaron el desayuno en aquel bar de ferroviarios, leyendo el diario, y marcaron con un lápiz un lugar que estaba después sobre una avenida pavimentada, extendida a lo largo de una interminable vía férrea. La pieza que se alquilaba era en la planta alta, con una terraza para tender la ropa. Compraron muebles usados, en la calle Alvear, y por la noche estaban instalados. María sonrió cuando él encendió el calentador Primus, idéntico al que tenía Perico. Después hablaron y él sintió que todas las palabras eran falsas. Las de la mañana, cuando discutieron los precios o la necesidad de un objeto, tuvieron un significado corriente. Ahora, en el silencio del cuarto y de la noche vecina, restallaban en algún lugar oscuro. Fue esa noche lo de su llanto, que nunca pudo explicarle a ella. María no pudo entenderlo en ese momento, extraviada en su comunicativa felicidad. Pero después, poco a poco, fue fijándose como una obsesión en su rostro adusto. Y el hecho inexplicable para ella pareció fijarse en su cara, formando una expresión casi permanente que él advirtió, y que apenas se disipaba, por momentos, cuando estudiaba las primeras letras que él le enseñaba, por las tardes, en el libro que había comprado para enseñarle a leer.

Insensiblemente había amanecido. Entrecerró los ojos y vio la claridad filtrándose por los vidrios húmedos. El estrépito de los vehículos había crecido desde hacía rato, pero él comenzó a oírlos ahora. Cuando salió se subió las solapas para cubrirse el cuello. "Hoy hace cuatro meses que salí; es hora de ir en busca de Anita", se dijo.

Cuando el Parque quedó atrás sintió, como otras veces, la brisa de la parte alta de la ciudad, y la brisa le dio súbitamente una parte del contenido del mundo al cual estaba aproximándose por fin. Los datos a los que él se había aferrado, tantas veces narrados a Perico, parecían casi falsos ahora, o por lo menos destemplados. Ahora sabía que lo único cierto era un grupo de sensaciones. El aspecto de una tarde dado por una verja de madera y una ventana sobre la calle oblicua, una brisa súbita que parecía nacer en la calle regada, recordada por la piel; el color de unas ropas tendidas al sol, recordadas por los ojos. **En la esquina vencen los boletos al hipódromo**, repitió la voz del guarda las infinitas voces idénticas oídas en otros años: **vencen los boletos al hipódromo**. Allí debía bajar y elegir alguna de las dos calles que conducían a la casa de Anita. Pero decidió no hacerlo. Pagó otra vez para volver al centro. A través del campo del hipódromo podría ver el baldío en el que morían la diagonal y la calle recta, y los techos de las casas. Alzó la cabeza y vio una de las calles, hasta su término, y las líneas de las fachadas de varias casas, hasta llegar a la de Anita, casi borrosa en el fondo de la calle. Lo vio todo junto, y cuando el ómnibus tomó otra dirección, para volver, **recordó** lo que había visto, en un solo instante y con una sola mirada, durante el instante permitido por el cruce del ómnibus por la parte visible del campo de carreras: los depósitos de hierro en la vía muerta, la casa de Alfredo (un muchacho moreno, desdibujado, que no actuó en la obra de teatro), la casa de un matrimonio que jamás se había adaptado al barrio, y que juzgó con miradas severas la representación teatral de aquella noche, como si no le hubiese gustado; la panadería, la casa con un patio posterior lleno de caballos que por las noches chocaban contra las maderas de los establos; la casa del herrero, con tantos hijos agachados sobre la fragua, y finalmente el frente liso y polvoriento de la casa de Anita. No pudo percibir las verjas. Ninguna de estas cosas había figurado en sus recuerdos, nada le había contado a Perico de tantos personajes y lugares. Además, detrás de las casas, había una huerta muy grande que se perdía en un campo desconocido, donde quizá terminaba la ciudad. Estaban además las vías férreas, con una portezuela giratoria para peatones y la campanilla automática que sonaba antes de que apareciese el tren, y seguía sonando, decreciente, cuando el tren había pasado. Un ramal de esa vía moría en los depósitos de la antigua fábrica de cemento. Todo estaba allí, cuidadosamente guardado por el tiempo.

El ómnibus sin duda había pasado otra vez cerca del Parque porque la brisa de la parte alta de la ciudad (que podía venir de la calle regada próxima a Anita) había desaparecido. Sin embargo, a él le parecía permanecer allá arriba, donde los recuerdos se deformaban como tales para ingresar en un ángulo de percepción más real. Cuando se levantó el telón él estaba detrás del escenario con el violín listo para iniciar su parte, que acompañaría a las palabras que diría Anita hacia el final del primer acto. Era la fiesta anual del Club y él estaba disgustado

porque no quiso aceptar ningún papel, aunque le hubiera gustado representar el del muchacho que amaba a Anita. Discutieron mucho aquella tarde, y después él dijo que no quería saber nada más con el Club. Fue a uno de los últimos ensayos sin embargo y sufrió al ver a Anita tomada de la mano del otro. Ella lo vio y le dijo que ya que había venido podía ser útil y tocar el violín en la última parte del monólogo, y él aceptó. Después se miraron en la oscuridad y parecía que había odio en los ojos de Anita. "Y el que hizo el papel era de otro barrio y nada tenía que ver con nuestro Club", pensó. Eso era lo que él le había dicho a ella después de la representación, y no quiso quedarse para el copetín y se fue y se metió en el bar aquel donde conoció a los borrachos que después lo perdieron. Anita no respondió, y él vio que sus ojos no eran tristes como siempre sino que estaban agresivos. Pero parecía que podía ser por las líneas de lápiz azul que le habían marcado los maquilladores. El traje de papel delataba lo agitado de su respiración, atribuido por él a la ira, pero que podía explicarse diciendo que quizás eran los nervios por haber estado representando ante el público. No recordaba ahora si volvió otra vez al Club. En el bar del barrio del extremo sur había encontrado amigos nuevos, muchachos más grandes, personas adultas que se hubieran reído de él si les hubiese contado lo de la representación teatral.

Tomó por una calle que no necesitaba recordar porque estaba vivida en su memoria, y caminó dos o tres cuadras. Entró decididamente, como si nunca hubiese temido aquel encuentro. Era un bar como tantos, vulgar y sencillo. No eran los mismos muebles, aunque conservaban el espejo sobre una de las paredes. Quizás eran las mismas mesas. "Si son las mismas, en aquella estábamos sentados. Carreño me había prestado el revólver esa tarde, en broma, para demostrarme que tenía un arma y que por eso era hombre. Cuando me emborraché dije que iba a matarme y nadie me oyó. Todos estaban borrachos. Lo dije muchas veces, para que me preguntaran por qué, aunque yo no lo sabía. Pero me daba rabia que no pudiera contarles lo de Anita porque se reirían de mí y de ella. Sé que peleamos con él, que nos fuimos a las manos, y que habíamos peleado otra vez, según me hicieran recordar en una de las declaraciones. Y me acuerdo que saqué el revólver y que apreté el gatillo. Sin embargo parece que eso no hubiera sucedido nunca, y menos en este bar. Lo que no puedo recordar es si después de la representación volví a verla. Si lo del beso fue antes o después. Porque una vez nos besamos, por encima de la bicicleta. Era de noche".

Cuando el mozo le trajo el café que había pedido, el hombre había desaparecido. "Si no fuera por el beso, diría que entre Anita y yo jamás hubo nada que pudiera contarle a Perico como se lo he contado tantas veces", pensaba mientras caminaba.

de descripción **IV III** *hecho para Perico*

El paso fugaz del ómnibus no le permitió ver cabalmente el ámbito de Anita, de modo que le pareció que todo había sido mutilado, aunque las cosas permaneciesen intactas. Muchas veces había ~~descripto~~ *descripción* minuciosamente a Perico del lugar aquel, tantas que a veces se equivocaba. Perico, sin embargo, se acordaba perfectamente de la descripción correcta, extraída de varias versiones distintas y armada escrupulosamente, a tal punto que cuando él se equivocaba le corregía diciéndole por ejemplo que la calle oblicua atravesaba una antigua huerta. El se defendía diciendo que ya le había explicado muchas veces la posibilidad de los baldíos, pero Perico, lápiz en mano, le demostraba la única ubicación posible de esos baldíos, por los que, según leyes lógicas, no podía pasar ni la calle oblicua ni la recta que conducían a la verja de la casa de Anita. Ahora hubiera sido necesario consultarlo para saber si había algún error, para reconstruir las partes que el progreso había borrado. ~~Trató entonces de oír una voz de Perico que le dijera:~~ "Es muy simple. Digamos que una avenida muy larga, pavimentada, cruza las vías del tren a noventa grados. En el cruce, que es un paso a nivel, hay una alarma eléctrica en vez de guardabarreras. Hasta ahí todo es claro. En ese lugar empieza tu confusión. Pero vamos a ver: antes de cruzar las vías hay otra avenida pavimentada, paralela a la misma; cruzando las vías, una calle de tierra, paralela también. Qué ves a tu derecha. Una antigua huerta que ocupa por lo menos un manzano, cruzada en diago-

nal por una calle de tierra que riegan por las tardes. Esa calle, atravesando todo el manzano, desemboca en otra esquina, en otro cuadrado blanco del tablero de ajedrez, donde está la casa de Anita. Pero si en vez de caminar por la diagonal seguimos, siempre a la derecha, por la calle de tierra paralela a las vías, nos vamos a encontrar con la calle recta desde la que apenas se ve la verja de la casa, de modo que no es fácil ver a Anita aunque esté allí. Conviene siempre ir por la diagonal. Volvamos a la calle recta. Caminando unos cien metros por uno de los lados de la antigua huerta, encontraremos, justamente donde nace la calle recta que conduce a lo de Anita, una especie de puerta que da acceso a las vías. El paso a nivel queda a nuestra izquierda, a cien metros también. Desde la especie de puerta vemos una parte lateral de la casa de Anita, ubicada en una esquina, y más allá parece que no hubiera camino, aunque se divisa el edificio del club con el altoparlante en el techo. Pero si nos acercamos, desde la casa de Anita veremos que la calle se prolonga todavía hasta el club, más angosta, apenas trazada sobre el baldío probable. Por esa calle angosta, casi un sendero, venían del club todas las noches cuando terminaba el ensayo. Caminabas una cuadra con ella y seguías por la diagonal o por la recta hasta el paso a nivel o hasta la especie de puerta, y desde allí ibas a tomar el ómnibus cerca de la antigua fábrica de cemento".

Perico había hecho, además, muchos croquis del lugar, con los objetos principales, usando colores convencionales para cada cosa. Rojo para la bicicleta, amarillo para Anita, verde para él, sepia para la herrería, carmin para el club. Los bosquejos eran más o menos correctos. Lo que nunca pudo dibujar ni pintar fue el rostro de Anita. Había varias carpetas con dibujos que se aproximaban gradualmente a lo que podía ser ella, en la forma de sus recuerdos. Nunca le aceptó ninguno, porque, decía, todos se aproximaban en algún rasgo pero ninguno la representaba cabalmente.

Perico, en la celda, creaba la alegría. Cuando vino uno de los tantos interventores, después de otras tantas revoluciones ocurridas afuera, y les dijo que empezaba un nuevo período para el país, y que les habló durante tanto tiempo para decirles que la prisión era un lugar de castigo y no de esparcimiento, y ordenó el secuestro de todos los instrumentos musicales, Perico fue sin duda la supervivencia de la alegría. Cuando vino el interventor calvo, el de la conciencia cívica de los penados (los interventores militares, en cambio, no hablaban; simplemente daban o quitaban cosas) le encargaron a Perico que pintase los retratos de todos los gobernadores que había tenido la provincia. Debía solicitar en la Dirección la documentación correspondiente. Días después le dieron fotografías, recortes de viejos diarios, etc. Otros datos vinieron de afuera. Perico pintaba alegremente, burlándose de los remotos gobernadores. "Este —decía refiriéndose al boceto que luego sería uno de los venerables gobernadores **bigotudos y de cuello palomita**— debe haber sido un viejo zorro. Mirá esa boca de borracho". Los gobernadores iban amontonándose en los bastidores, a la espera de los marcos. Los más de ellos habían sido imaginados por el propio Perico o por algún viejo guardián que decía haber conocido a tal gobernador en un desfile en la plaza San Martín. Cuando la memoria del guardián flaqueaba, Perico la ayudaba preguntando cómo eran las cejas por ejemplo. Y si el hombre no sabía, Perico decía que por una simple razón de lógica era fácil deducir que las cejas eran bien pobladas y casi unidas sobre la nariz, teniendo en cuenta que su mentón tenía tales características y que el personaje se compartía el cabello en el medio y usaba camisa almidonada y bigotes con las **puntas para arriba**. Así surgieron gobernadores con bigote y patillas aunque jamás las hubiesen usado. Pasaron muy bien esos meses, porque el Interventor ordenó que para el penado pintor se doblasen las raciones de alimento, ya que estaba prestando un servicio a la comunidad. De esa manera volvieron a tomar leche, después de tantos años de abstinencia y de mate cocido.

Cuando se inauguró la galería fue casi un día de fiesta en la prisión. El hombre calvo habló, señalando hacia cada cuadro con los dedos, de la vida de cada uno de los sacrificados ciudadanos que "ofrendaron sus vidas en aras de la Patria". Después habló del propio Perico y dijo que su nombre quedaría en el establecimiento como un modelo de trabajo y disciplina.

Perico, además, se enteraba siempre de lo que ocurría afuera. Un día, cuando devolvieron los instrumentos a los penados, Perico le dijo: "les devolvieron los instrumentos porque hubo otra revolución afuera y cayó el gobierno. Ahora hay otro interventor; parece que le gusta

la música; al otro estúpido le gustaba la pintura"

Eran los tiempos en que pensaba reconstruir el ámbito de Anita sin saber por dónde empezar: podía ser en la campanita de alarma eléctrica, en la calle con árboles, en el agua de la acequia (no en su rumor), en su rumor, en la bicicleta hacia el fondo del vestido amarillo.

Lo que quería
alejar de sí, ~~III~~ III de la llanura.

Durante toda la tarde, en la ferretería, había estado pensando que la urgencia de sus días era la necesidad de encontrar un vínculo que lo ligase al pasado. Si lo encontraba estaría a salvo. María era todavía, pese a la ausencia del libro de primeras letras, olvidado en la plaza, una presencia reciente. Dos o tres veces por día acudía a su memoria, en sustitución de la forma probable del escudo y del mundo próximo de Anita, la forma del tren en que se fue María y el presentimiento de los pueblos húmedos que atravesaría antes de llegar a su propio pueblo, un caserío húmedo también en medio del desierto, ~~brumoso~~. Otras veces la forma del tren se convertía en la forma del cuerpo de María en la oscuridad, cuando aparecía silencioso en la habitación de la casa del hermano. El aire con olor a pastos mojados que sin duda corría por los múltiples pueblos de María, se convertía a veces en el olor a cocina de las manos de ella o en el bamboleo de su falda cuando servía la comida. Un vínculo cierto, que estaba entre la calle regada y la bicicleta, ~~en la diagonal o en la calle recta~~, lo salvaría de todas esas cosas, de Perico mismo, de los años de la prisión, de la cabeza calva y de los uniformes militares de los interventores. Eso debía hacer, buscar el vínculo y aprehenderlo, antes de soñar absurdamente en la posible forma del escudo. Que el escudo quedara para los penados, para llenar los días y las noches interminables. Además, la forma del escudo no tenía sentido entre las formas infinitamente variadas de los artículos de la ferretería, ~~donde trabajaba~~. Las caras distintas de tantos gobernadores estaban señalando también que la idea de una forma única, para cualquier cosa, era relativa. Solamente sus recuerdos, los del ámbito de Anita (~~Anita la pequeña huerfanita~~), tenían, de alguna forma, un aspecto único. Anita era insustituible y cierta. En ella estaba el vínculo salvador.

El ómnibus lo conducía ahora hacia el barrio de Anita. Era como pasar al otro cuadro de la tira de historietas. Creía firmemente que nada de María podría molestarlo íntimamente durante la prodigiosa aventura que ahora emprendía, a través de todas las cosas que ocultaban el vínculo. Había que andar con cuidado, porque el vínculo podía estar en cualquier parte: en la verja, en la calle recta, en las vías férreas, en las campanitas automáticas, en el ruido del martillo del herrero contra el yunque, quizás en el mismo ómnibus donde viajaba. Pensaba ahora que las cosas próximas a María habían ocurrido hacía poco tiempo, cuando todavía lo preocupaba la ~~buena~~ idea del escudo. Sabiendo que ya no lo encontraría en el libro de primeras letras, recordó que María quizás hubiese copiado el escudo en su cuaderno, pues eso había hecho con la mayoría de las ilustraciones del libro. Recordaba haberla visto dibujando una escarapela, y el **cabildo abierto del 22 de mayo**, según llamaba ella al edificio secular construido por remotos españoles en la ciudad junto al río. Así, en el cuaderno, de una manera tan simple, podría liberarse de la idea del escudo, y con ella de los años de la prisión, y llegar así limpiamente a los ámbitos nuevos donde la vida, de alguna manera temblorosa, lo estaba esperando desde aquel lejano temblor del vestido de papel. Buscó el cuaderno, mentalmente, en los lugares posibles donde pudiera estar. Después recordó que él mismo lo puso en la valija de María para que siguiera estudiando y pudiera leer, según le dijo, las letras de los cuadritos de las historietas que tanto le gustaban. No pudo, pues, solucionar el problema del escudo, y revivió en cambio un ligero pesar producido justamente por la interrupción de las lecciones de María. Fue una falsa alarma, pero bastó para apartarla del estudio? El le preguntó aquella tarde por qué no estudiaba más las lecciones. No sabía bastante y todo era ahora una simple cuestión de tiempo, de ~~esperar~~ que los conocimientos madurasen, y pronto las letras tendrían para ella algún sentido. Ella se puso seria durante unos momentos, sería con los ojos y con la apenas perceptible papada, que era una parte de su ser hermoso, y le dijo que no era posible que una futura madre estuviese aprendiendo las primeras letras. El le dijo que justamente por eso debía estudiar y aprender, que ~~veintitrés~~

años no eran nada y todo lo demás, pero ella, sonriendo finalmente, le dijo que aprendería junto con el hijo, cuando éste fuese a la escuela. El también sonrió pero ella, un mes después, volvió a ponerse seria, o quizá triste, con una papada formando parte del rostro entristecido, y le dijo que no habría hijo. Y después las cosas siguieron así y ella no estudió más, y fue un error, pensaba. Menos mal que todo fue una falsa alarma, porque un hijo hubiera roto definitivamente el vínculo con la otra vida interrumpida. Y ahora, en el ómnibus que lo conducía hacia aquellos temblores, pensaba que el hijo había salido de aquel vientre oscuro hacia la oscuridad del mundo, vanamente fingida por la luz, según le había explicado Perico, lápiz en mano, mostrándole los dibujos para explicarle cómo veníamos al mundo. Le dio miedo que Anita, allá lejana, tuviese ese útero pintado por Perico, y que de ella saliese también esa cosa doliente hacia el mundo doliente. Perico sonrió y le dijo, quizá atisbando su miedo y para cambiar de conversación, que la cárcel era un vientre cuya forma externa era un escudo, que ellos estaban adentro y que, después de todo, lo estaban pasando bien, sin hambre ni frío.

Bajó del ómnibus y tomó por la calle recta, que nacía con la diagonal casi en las vías férreas. Caminó unos pasos y sintió que la diagonal desaparecía entre unos árboles robustos. La calle estaba pavimentada. Los timbres automáticos que anunciarían en cualquier momento la proximidad de un tren, parecían envejecidos junto a las lámparas cuyas luces se encenderían con el sonido, si el tren pasaba. La calle estaba pavimentada, pero el aire que flotaba sobre ella parecía ser el mismo de la antigua calle, cuidadosamente guardado. En la esquina nacía la acequia. Desde allá podría atisbar la casa de Anita y también los portones metálicos de la casa del herrero. Los grandes árboles estaban intactos, quizás un poco humedecidos como los pueblos de María. El ruido de sus zapatos no era exactamente como el de las ruedas de la bicicleta, cuando iba por allí, como pasando, para verla y saludarla con un brazo alto, sin detenerse. Se detuvo en la acequia porque ahora sabía perfectamente bien cómo había sido todo. Lo terrible era que el vínculo se esfumaba, no podía estar entre todas esas cosas. El error estaba en que había relacionado el argumento de la obra de teatro con los hechos reales. En la obra de teatro, ella, bajo su vestido de papel, rechazaba el amor de Marcos (el tonto aquel que hizo el papel de Peter) porque estaba enamorada de alguien que no aparecía en escena, que estaba como fuera del argumento. Y él se había identificado con ese ser externo, de papel, previsto en la obra, existente sólo en algunas palabras aprendidas de memoria. Lo del beso a través de la bicicleta era cierto, o parecía cierto, pero nunca tuvo ninguna importancia, porque Anita se lo había dado como a un amigo o quizás, como decía en un pasaje de la obra de teatro, para que él pudiera aprender el amor, porque aquello era justamente un aprendizaje del amor.

Los árboles de la derecha eran escasos ahora, y le permitían ver que la diagonal había sido desechada porque en ese punto no tenía trazado, salvo el que él pudiera prolongar entre los árboles, a través del recuerdo. Sintió que sus movimientos, por esa razón, eran ahora más directos y expuestos, inversos a los recuerdos. El pavimento parecía un terreno falso y resbaladizo donde podría caer y ser descubierto en aquella profanación del pasado interrumpido. La verja de la casa de Anita permanecía, en cambio, fiel a sus secretos temblores. Ella no estaba allí con su vestido amarillo, pero podía aparecer en cualquier momento. La herrería era la misma, pero no se oían los golpes de los martillos ni el resoplar de la fragua. Hacia la derecha estaban los lugares que había presentado como baldíos conocidos o probables, pero ahora no había nada de eso, nada era conocido ni probable porque todo estaba edificado. Aunque no hubiese ninguna calle regada, sintió en las aletas de la nariz el olor de la tierra mojada. La acequia corría en un costado, podía ver el agua pero no oía su murmullo. Todo estaba silencioso como en los recuerdos. Hacia el fondo, la calle, que antes se prolongaba en una senda, según un dibujo de Perico más o menos acertado, continuaba en muchas cuerdas más, pasando por el club donde representaron aprendiendo a querer, ahora con la fachada revocada gracias al esfuerzo de los socios, según las palabras de uno de sus presidentes, tan lejano en sus recuerdos como las cabezas pintadas de la galería de Perico. Vio que la verja estaba agotada por el tiempo. El frente de la casa de Anita había envejecido. En el lugar del timbre había un hueco. El ruido de las palmas de sus manos ante la puerta de madera fue lo primero que oyó. En ese instante oyó claramente el ruido del martillo del herrero

sobre el yunque, y detrás de él el murmullo del agua, como si el ruido de sus manos hubiese desatado los sonidos. Miró la diagonal perdida entre los árboles, el pavimento, las fachadas de las casas conocidas, las vías férreas distantes, y oyó el sonido metálico de las campanitas de alarma en el nacimiento del camino recto y de la diagonal interrumpida. Podía abarcarlo todo de una sola mirada, como en el plano aquel trazado por Perico, tantas veces. Ahora entendía cabalmente el sentido de aquellos planos. Le costó aprender a mirarlos, porque él buscaba en ellos el aspecto de las fachadas, las vías férreas, aunque fuese en sus esquemas, y no alcanzaba a percibirlos porque las miraba mal: Perico las dibujaba desde arriba, como si las mirase desde el aire, y él pretendía ver las fachadas cuando las líneas aquellas representaban simplemente las paredes de los edificios vistas desde lo alto. Los árboles eran un círculo con una colita viborante, y las vías del tren dos líneas muy próximas como interrumpidas por durmientes demasiado gruesos. El martillo del herrero sonaba aún cuando alguien abrió la puerta. Anita exclamó algo, abriendo desmesuradamente la boca, y avanzó hacia él.

El peso del sombrero entre sus manos le transmitía la noción del cambio, de la distancia entre sus recuerdos y la Anita de ahora. Era la misma, la de siempre, casi igual a la de la historietita, con sus ojos entristecidos. Sus hermanos y hermanas, siempre ignorados, estaban allí, idénticos a lo que habían sido siempre en una región oscura de su conciencia. Se oía hablar y le parecían falsas todas sus palabras. Todos lo miraban como si fuese un suceso. Oía lo que le contaban, pero prefería no enterarse de nada. Alguien mencionó la representación teatral, y él vio que Anita sonreía como solía hacerlo Perico en algunas ocasiones. En uno de esos instantes en que se cerraba interiormente para evitar el conocimiento de los sucesos nuevos, hizo consciente su conocimiento previo de que el beso en la bicicleta era una cosa repetida, porque, según se lo había dicho Marcos una vez, a él también lo besó, y más o menos en la misma época. Se trataba simplemente de aquel aprendizaje.

Cuando salió de allí era de noche. Todos los ruidos habían cesado, hasta el agua de la acequia. La salida fue parecida a las sucesivas salidas de otras veces que fue allí para sentarse, sentirse observado y percibir que estaba, desnudo, dentro de sus pantalones. Ahora pensaba que nunca había habido ningún vínculo y que Anita había sido simplemente algo que se le cuenta a Perico, para matar el tiempo. Habían hablado con Anita de las cosas de antes burlándose de ellas. Después él le contó lo de María, pero como si las cosas estuviesen ocurriendo todavía. Anita se alegró, tembló de alegría como si toda ella fuese de papel, y le dijo que esa era la mejor de las noticias porque eso era lo que necesitaba. Él entonces, con un gesto de esperanza, le dijo que no estaba seguro de ser feliz con María. Anita le suplicó que no pensara en eso porque María quizás significara todo para él, y él se lo merecía porque había sufrido mucho en esta vida. El le dijo, dando vueltas al sombrero entre las manos, que tendría en cuenta su consejo, sobre todo ahora que estaban por tener un hijo. Anita le dijo que eso era maravilloso y que se alegraba porque veía que estaba reconstruyendo su vida. Regresó con la certeza de que nunca más volvería a ver a Anita, y de que en la historietita había un error: la historia probablemente se llamase María la pequeña huerfanita. El había confundido los términos, quizá por lo de ita, partícula que seguramente pertenecía a huerfanita y no a Anita.

En la casa encontró una encomienda de Perico. Era un cuadro con una carta donde le decía que había solucionado el problema del barrio y de la casa de Anita. "Ahora que puedes verlo, comprobarás que estoy en lo cierto". En el cuadro se veía una de las calles, la diagonal, y hacia el fondo la mancha amarilla de Anita, cerca del resplandor y de las chispas de la fragua negra del herrero. Lo miró un rato y sonrió.

Se acostó pensando en el libro de María abandonado en un banco de la plaza distante. Dentro de él estaba el escudo. El libro y María habían desaparecido en el tiempo, de modo que el escudo sería finalmente lo que él alcanzase a imaginar. Entre sueños vio que un escudo no era solamente una superficie. Podía tener profundidad. Sus muros tenían espesor. Las siete banderas supuestas quizás pertenecían a un solo edificio (el castillo que parecía fingir el escudo), pero era probable también que perteneciesen a más edificios, superpuestos. Quizás hubiese siete edificios con una bandera cada uno, puestos de manera que pareciesen un solo edificio con siete banderas. Era una cosa muy probable. *Vaya un a saberlo, se dijo, y Cayo solo la cama, como portado por la herjeza.*

...y desvió de su mente una succión se fue al mundo de Anita era una simple simulación.

